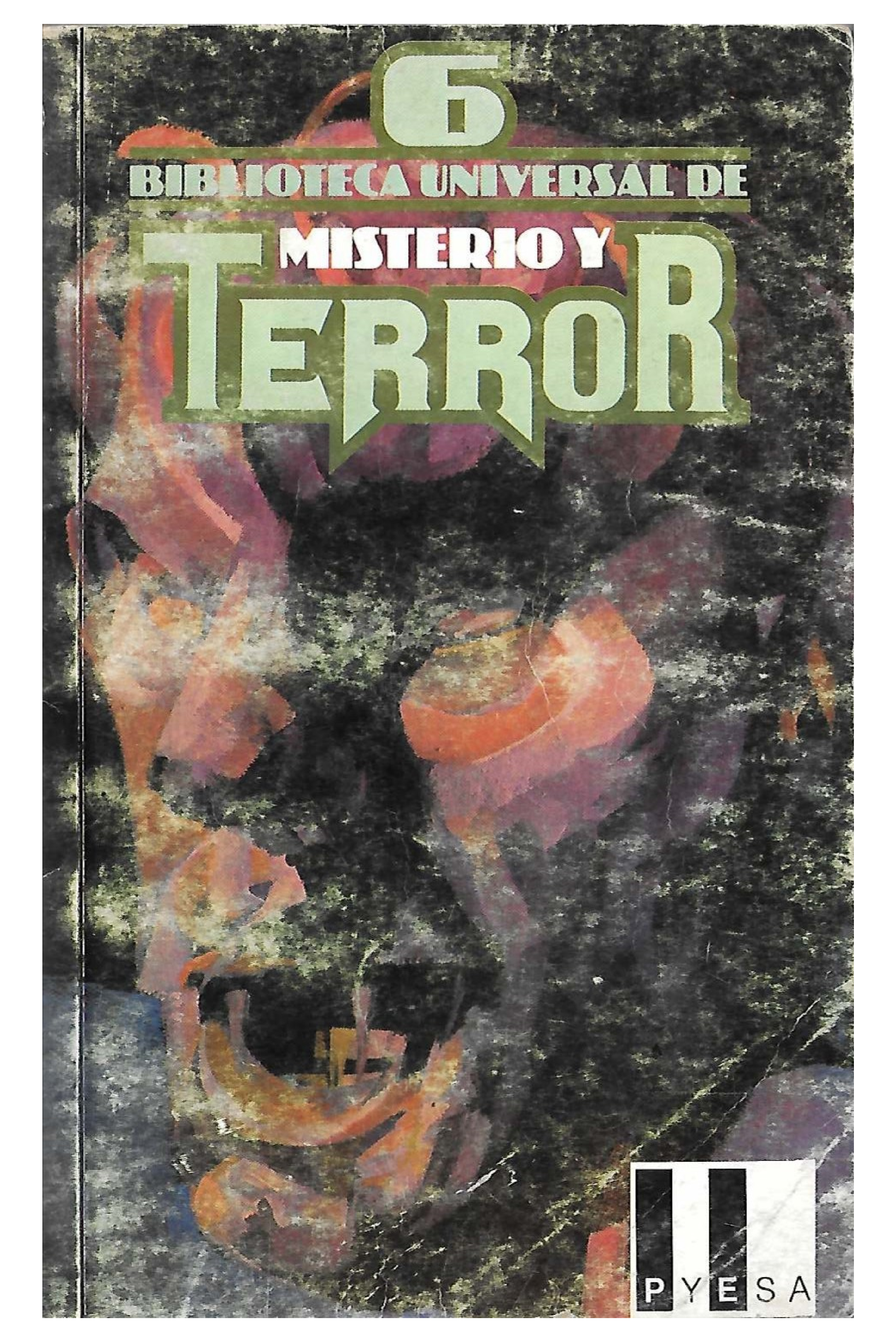


6
BIBLIOTECA UNIVERSAL DE
MISTERIO Y
TERROR
PYESA

PYESA

DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

6

BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR

Dirección y Selección:
José Antonio Valverde

PYESA

DR. BARROS BORGOÑO 123, SANTIAGO - CHILE

agradece a sus lectores la confianza depositada en esta empresa y les invita a participar en el Concurso de Cuentos Cortos de Misterio y Terror cuyos premios y bases aparecen en La Revista del Mundo.

Edición autorizada por Ediciones UVE S.A. Circula gratuitamente con LA REVISTA DEL MUNDO.

Inscripción: N° 63585

Impresores: Editorial Antártica S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

SUMARIO

Pág. 8
UN HERMOSO SUEÑO DE VENGANZA
José León Cano

Pág. 24
¡OINK! ¡OINK!
Alejandro Delgrado

Pág. 44
NUNCA MAS
Lewis Mahoney

Pág. 56
LA BOTELLA DEL TIBET
Daniel Tubau

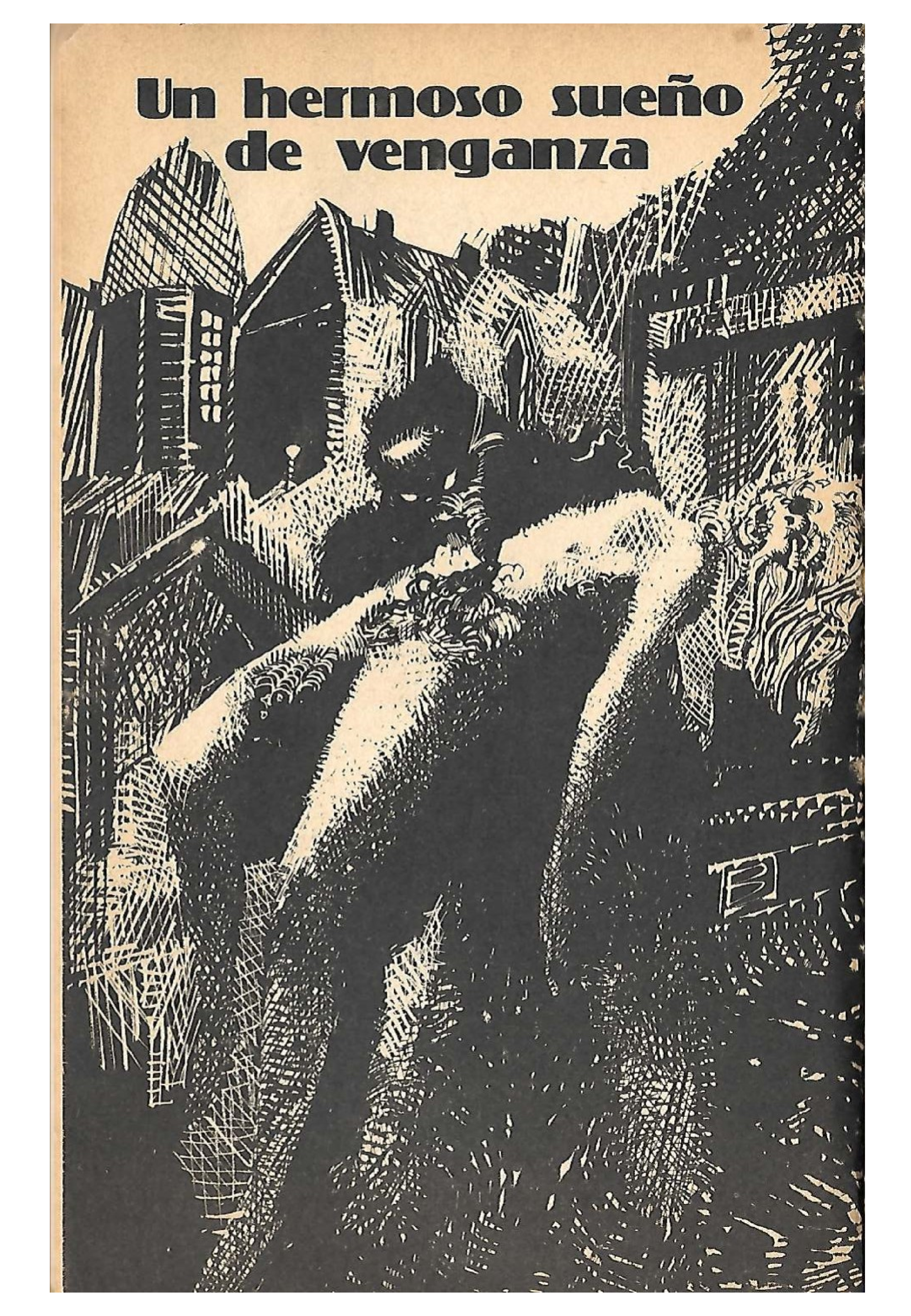
Pág. 68
SERVICIO DE METRO
Alfonso Alvarez Villar

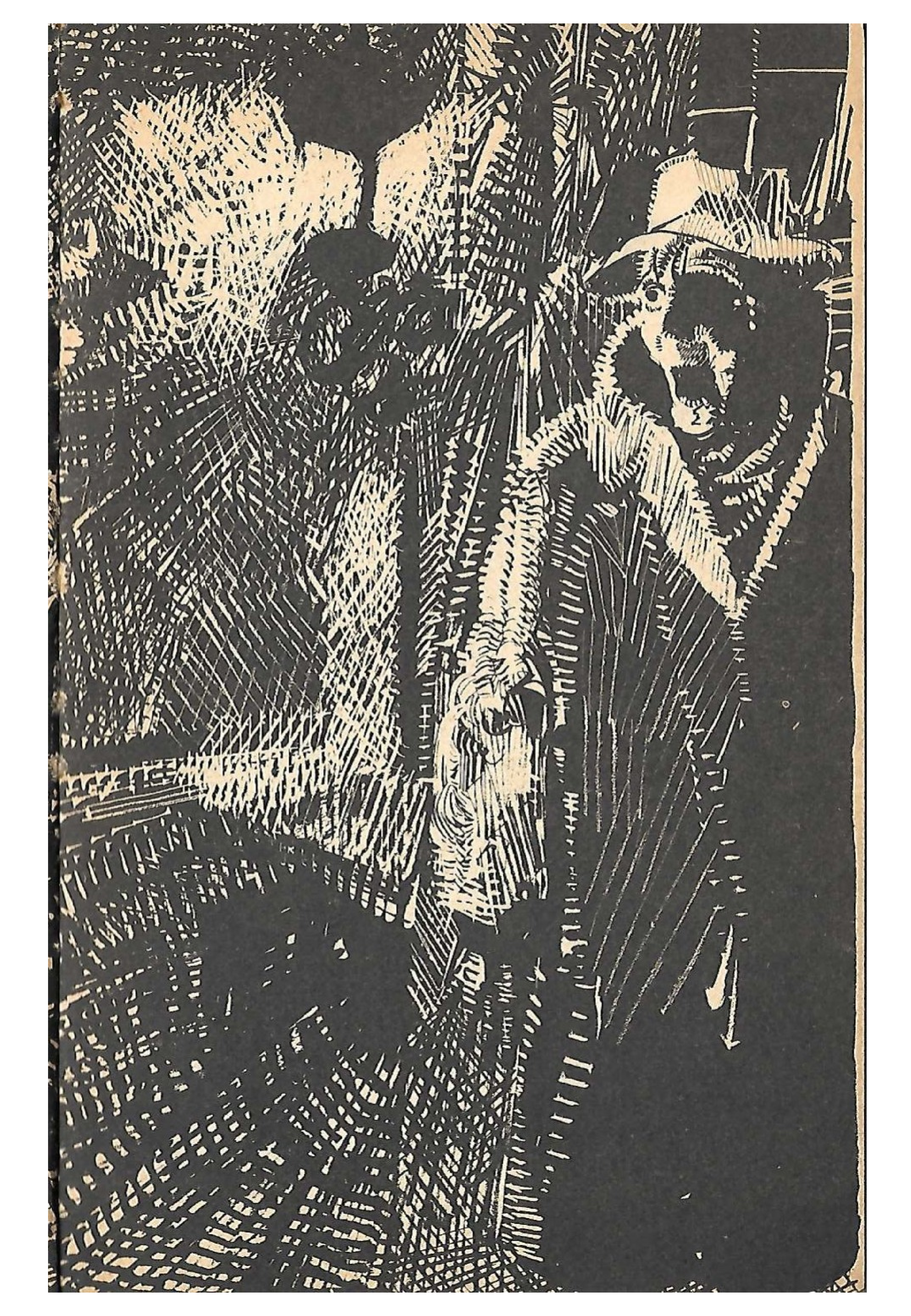
Pág. 80
NO CORRAS, TE ESPERAMOS
Miguel Costafreda

Pág. 98
LA HOGUERA
Fernando Martín Iniesta

Pág. 112
LA MANO DESOLLADA
V. Rodríguez de Ayala

Un hermoso sueño de venganza





Un hermoso sueño de venganza

José León Cano

Aceptó la soledad —y con ella el riesgo y el horror— para satisfacer un impulso de venganza. Este impulso incontrolable, de difícil explicación, le llevó a merodear por alcantarillas y cementerios...



XTRAÑOS y maléficos monstruos aparecen de vez en cuando en la ciudad, entre las tinieblas y las sombras. Se ocultan, posiblemente, en el submundo de las ruinas o las alcantarillas... Y no se sabe si por influencia de la luna, o porque se enciende su sangre impura, afloran a la superficie para cometer las más terroríficas fechorías.

No sólo provocan la muerte y el terror del ciudadano, de alguna muchacha infeliz y solitaria. Porque acechan, misteriosamente, siempre acechan, eligiendo con paciencia a su víctima. Luego... aparece un cadáver en cualquier esquina, desgarrado y acaso despedazado por unas dentelladas desconocidas, que no parecen humanas. Y lo más terrible es que el monstruo, el posible monstruo, parece que tenga una mente tan sanguinaria y perversa como la del hombre, o la misma inteligencia... Y acaso tenga un repugnante sentimiento de fidelidad o de ternura... que le incita a perseguir y a destrozar a su víctima, en una sed inagotable de muerte y de sangre.

Extreme las precauciones, sobre todo si es usted una mujer joven y bonita, o si usted, hombre, la

tiene a su lado, o ella es su compañera. Y esté prevenido... Este es el relato de un protagonista que sigue luchando, casi inconsciente, con esa extraña bestia..., amenaza de tantas ciudades.

* * *

Sabes que estar solo es lo peor que te puede pasar. Y sin embargo, aquí estás, esperando que se te acerque en cualquier momento, aguantando como puedes la fetidez y la humedad de esta lóbrega cámara, con la linterna apagada y en silencio, procurando hacer el menor ruido posible, en un mundo negro y vacío en el que no puedes encontrar más asidero que la empuñadura de tu pistola.

La última vez alcanzaste a ver el destello maligno de sus ojos grises. Fue apenas un segundo, antes de que la forma se amparase en las sombras del largo corredor, camino de quién sabe qué ominosa guarida. Luego escuchaste el ruido de sus pies, arrastrándose pesadamente. Creías haber distinguido un rostro abyecto, animal, y una enorme silueta peluda, brillante con el tímido resplandor de tu linterna. Entonces podías haber seguido esos pasos, enfrentarte a ese ser monstruoso y matarlo. Pero recordaste todo lo que tu enemigo era capaz de hacer, la maldad de esos ojos pequeños, retadores, te fascinó, y el miedo fue más fuerte que tú.

Cuando te dijeron que las alcantarillas de la ciudad podían albergar a seres increíbles, capaces de concebir el asesinato como sólo la mente de un loco puede hacerlo, de ensañarse con sus víctimas hasta dejarlas convertidas en un informe montón de carne despedazada, no te lo pudiste creer.

Pero luego tuviste que enfrentarte con la evidencia: lo que quedaba de aquella pobre chica te revolvió las entrañas con una náusea insufrible hasta hacerte vomitar. Un trozo blanquecino de la tráquea colgaba de su cuello brutalmente seccionado, y de su rostro

machacado había desaparecido cualquier reconfortante signo de humanidad. El ojo izquierdo arrancado de cuajo, dejando al descubierto la órbita espantosa, sanguinolenta. La siniestra sonrisa de su boca, cruelmente alargada a dentelladas hasta los lóbulos de las orejas. Ese brazo semidevorado, mostrando entre la sangre la lívida blancura de los huesos...

El silencio se interrumpe de vez en cuando por el lento gotear del techo, y eso te hace recordar aquella madrugada lluviosa, fría, en que por primera vez en tu vida conociste la fuerza irracional del horror, materializada en los despojos de lo que había sido un hermoso cuerpo de mujer. Yvette Formentier, dieciocho años, estudiante. Sus zapatos negros tirados en el asfalto, brillando como espejos de hematites bajo la lluvia, y junto a ellos la sábana mojada, improvisado sudario que cubría piadosamente las espantosas huellas del asesinato. Ordenaste a uno de los gendarmes que la levantara, y lo que viste te marcó para siempre. Ese vestido azul deshecho, ensangrentado, que dejaba al descubierto la insoportable presencia de los intestinos, el baile indiferente, cruel, de la lluvia ensanchando el charco de sangre diluida y transformándolo en delgados hilos de carmín, la infame maceración del sexo, convertido el monte de Venus en una indescriptible carnicería...

Los gendarmes observaron la paralización de tus órbitas, la palidez de tu rostro y otros signos de tu náusea creciente. Tu prestigio de hombre de mármol se derrumbó definitivamente cuando, sin poderlo evitar, vomitaste hasta la última gota.

Pero aún te esperaba otro trago más fuerte: escuchar la descripción de los hechos. En la comisaría te habló el único testigo, un viejo *clochard*, borracho perenne y alucinado, que contaba una historia inasimilable, probablemente inspirada —pensaste entonces— en los delirios del alcohol. Era una sarta de extravagancias terribles, narradas con esa voz entrecortada y gangosa del ebrio que rememorando una espantosa escena, se esforzase por demostrar inútil-

mente una absoluta lucidez. Sentiste lástima de aquel deshecho humano que se dirigía a ti, señor inspector Lefévre, asegurándote por todos los muertos de su familia que estaba diciendo la verdad.

Sí, sí, cuando lo vio estaba borracho, esa era su forma natural de soportar las infamias de la vida, señor inspector Lefévre, siempre bebiéndose las noches por las calles oscuras, cantándole a los faroles, con frío o calor, tanto si llueve como si se recibe el bálsamo de la luna llena, siempre así, inspector, porque su esposa era una botella de vino y le había jurado amor eterno. Pero tenía los ojos bien abiertos cuando por las bardas del cementerio del Pére Lachaise empezaba a clarear y vio cómo la chica se apresuraba, con los libros bajo el brazo, camino seguramente de una boca del metro. Se acababa de apagar la farola en la que estaba amarrado y sobre la que trató de erguirse, a modo de báculo, para decirle cuatro piropos a la chica cuando pasara a su lado. Y lo vio todo. Vio cómo una cosa oscura, que parecía un oso, un orangután o tal vez un hombre disfrazado de cualquiera de esos dos animales, traspasaba la oscuridad de una esquina y se acercaba a la jovencita. El no se lo podía creer, pero allí estaba, jadeante, con los brazos semiencogidos y las garras abiertas, en actitud de ataque...

«... La chica dio un grito y corrió hacia donde me encontraba. Pero la cosa emitió un sonido débil, una especie de queja o gemido, y de un salto la atrapó. El miedo me impedía moverme de donde estaba, y la chica seguía mirándome cuando las manos, garfios o lo que fueran, de esa cosa oscura apresaron su cuello y el grito de la chica murió de repente. Las uñas se hundieron lentamente en el cuello, que cedió como si fuera una masa de pan, y cuando aparecieron las primeras gotas de sangre aquel ser horrendo se enardeció y comenzó a imitar, contra el débil cuerpo de la muchacha, los movimientos de la copulación. Fue horrible escuchar su jadeo, sus grititos de lujuria mientras le desgarraba el vestido, mientras apresaba,

como para devorarlo, su hermoso cuerpo semidesnudo.»

«Pero lo increíble, señor inspector Lefévre, es que, efectivamente, comenzó a devorarlo. ¡Gran Dios! La chica gritaba y gritaba mirándome, y aquella cosa abominable hundió su boca en el vientre, desgarrándolo. Quise huir, pero el terror me paralizaba y lo vi todo. Vi los movimientos convulsos de la chica, todavía consciente, pero ya incapaz de gritar, cuando aquellos dientes relucientes como el acero, abrieron un sangrante boquete en el bajo vientre y comenzaron a devorar... Cuando era pequeño, inspector, vi a un cerdo devorar el cadáver de un recién nacido. Pero aquel monstruo devoraba la carne viva, palpitante, y sus fauces estaban enrojecidas de sangre caliente... Le juro, inspector, que hubiera muerto gustosamente en ese momento si con ese precio podía ahorrarme el resto del espectáculo. Pero el terror me encadenaba a aquella farola y tuve que soportarlo todo, todo hasta el final...»

Observabas la vacilación de aquel hombre, el temblor de sus piernas, la agitación creciente de sus manos, mientras acababa con los pormenores de su horroroso relato. No quisiste que ahorrara detalle alguno y, en consecuencia, supiste cómo aquella masa oscura mordisqueaba, arrancaba, seccionaba...

«... Temí que me hubiera visto, temí que yo sería su segunda víctima, pero a pesar de ello mis piernas seguían sin obedecerme, me sentía incapaz de correr. Cuando acabó su carnicería levantó el rostro del suelo, donde yacían los despojos de la chica, y me miró. Era una mirada fría, lejana, lacerante... Hubiera jurado que se trataba de un hombre, a no ser por la extremada negrura de su rostro peludo. Abrió la boca con una horrible mueca, que tal vez quería ser una sonrisa, y contemplé sus colmillos sangrantes, desmesuradamente largos, de un extraño color metálico. Tenía las uñas largas y retorcidas, y no le miento, inspector, sus uñas y sus dientes brillaban como si fueran de metal. Pensé que había llegado mi última

hora, pero aquel monstruo peludo y ensangrentado no me atacó. Me dio tranquilamente la espalda, se encaminó a una boca de alcantarilla, la abrió, se sumió en ella y la cerró por encima de su cabeza.»

Trescientos policías, repartidos en pequeños grupos, recorrieron esa mañana el insondable universo de las alcantarillas. El subsuelo de París era una lóbrega congregación de pasadizos, túneles y galerías, algunas de ellas cegadas desde los tiempos de la Convención. Tres días de afanosa búsqueda no dieron resultado alguno. Ejércitos de ratas, de temible apariencia por su volumen excesivo, huían de vuestra presencia sin demasiada prisa. Tuviste ocasión de comprobar más de una vez cómo alguna de ellas volvía el hocico y os mostraba sus dientes en actitud de reto, y entonces recordaste lo que te dijo el viejo borracho sobre sus dientes afilados, metálicos... La rabia te cegó y llegaste a pisotear a uno de aquellos animales inmundos, que se hundió en las tinieblas de la muerte profiriendo una estridente queja, un grito agudo semejante a los que, según el testigo, había exhalado la presunta bestia...

Y ahora estás aquí, a la espera de que este silencio subterráneo sea desgarrado en cualquier momento por un grito abominable. Sabes que vendrá a tu encuentro necesariamente. Pero reconoce que estás temblando, que el más pequeño ruido te sobresalta, porque temes que tu venganza tal vez no llegue a cumplirse nunca. ¿Qué pasará si te falla la pistola, si eres sorprendido por la espalda, si ese engendro de una pesadilla demuestra ser más inteligente o más rápido que tú?

Prefieres no pensar en eso. Gustosamente darías unos pasos hacia atrás, a ciegas, hasta que tu espalda sintiese la reconfortante existencia de una pared. Pero sabes que el enemigo está cerca, tal vez mucho más cerca de lo que te imaginas, y el ruido de los pasos te delataría. Aguanta a pie firme, controla la respiración, comprueba que no está echado el seguro de la pistola que empuñas con la derecha, que el in-

terruptor de la linterna está al alcance de tu pulgar izquierdo...

El plan que propusiste a tus superiores les pareció tan descabellado como peligroso. Pero tú sabías que era la única forma de acabar con él. Habían pasado días y días tras la infructuosa búsqueda y no había dado señales de vida. Rastrear a fondo todos los rincones de las alcantarillas de París hubiera sido una labor de años. Alguien había dicho que podía ocultarse en ellas todo un pueblo sin ser descubierto jamás, puesto que desembocando en los corredores conocidos existían otros, a veces ocultos por delgadas capas de ladrillo, cuya procedencia se remontaba a la época en que París era una intrincada ciudad medieval, continuamente expuesta al cerco y acoso de ejércitos enemigos. Pero la siguiente víctima te dio una pista segura. El cuerpo destrozado de la otra muchacha, Lola Martínez, una criada española, apareció apenas unas esquinas más allá de donde se había cometido el primer asesinato. Era evidente que aquel ente sanguinario sentía cierta predilección por las jovencitas, ya que Lola acababa de cumplir los diecinueve años. Pero no fue esta circunstancia, ni el hecho de que su cuerpo mostrara también los horrores de la mutilación lo que te dio la pista, sino algo tan sencillo como el que, tanto en uno como en el otro caso, faltara el ojo izquierdo de la cabeza.

Semejante coincidencia ponía de manifiesto que el autor de los crímenes seguía unas pautas de comportamiento evidentemente monstruosas, pero humanas. Te resultó claro entonces que no ibas a enfrentarte a una bestia, sino a un perturbado para quien el ojo izquierdo debería de tener una especial significación. Estaba claro que coleccionaba ojos del lado izquierdo, pero ¿con qué finalidad?

Las tapias del viejo cementerio del Pére Lachaise habían sido testigos de ambos asesinatos. Tal vez la clave se encontrara allí, y hacia allí dirigiste el curso de tus investigaciones. Congregaste a los empleados y enterradores y les preguntaste si durante los últimos

días habían observado algo anormal, por mínimo o insignificante que les pareciera. No encontraste respuesta. Y ya te ibas a despedir cuando uno de los vigilantes nocturnos carraspeó y manifestó que dos noches antes (exactamente la misma en que habían asesinado a Lola Martínez) creyó escuchar un rumor de pasos, «aunque estamos en otoño y tal vez fueran las hojas barridas por el viento», en determinada galería del ala norte, pero una vez allí no vio nada fuera de lo normal. Le rogaste que te llevara a ese sitio. A un lado se levantaba una pared de columbarios y al otro se abría un campo de lápidas y panteones. Pero al final de la calle encontraste lo que buscabas: una boca de alcantarilla.

Inspeccionaste minuciosamente la zona, con la ayuda de los empleados. El sol regalaba coronas de oro a los altos cipreses, vencida ya la tarde cuando, a unos doscientos metros y varias manzanas de aquella boca de alcantarilla, descubriste que la lápida de uno de los columbarios, a ras del suelo y sin inscripción, cerraba el nicho simplemente a presión, ya que manos anónimas habían deshecho la cimentación de los albañiles. Era evidente que la tumba había sido profanada. Fue un golpe de suerte porque había que fijarse mucho para darse cuenta de ello, con tanta exactitud se ensamblaba el mármol a las junturas. Te felicitaste por ello, y te bastó un leve empujón para que la lápida cediera.

Pensabas, pobre inspector Lefévre, que tus muchos años de oficio te habían vacunado para siempre del espanto. Pero no fue la ropa corroída de aquella mujer, ni la carne tumefacta, horadada de gusanos, lo que te envenenó el aliento, paralizándote los pulmones, cuando el ataúd fue exhumado y abierto. Era que en la órbita izquierda de aquella cabeza habían abierto un horrible boquete y a su lado, sobre la deshecha cabecera del ataúd, habían depositado dos bolas sanguinolentas, vítreas, con las retinas definitivamente abiertas al último horror...

Maldijiste de tu oficio, de los macabros frutos que

en ocasiones te veías obligado a recoger, y empezaste a sentir en la garganta esa sed áspera, turbadora, de la venganza. Quienquiera que fuese ese monstruo abominable acabaría cayendo en tus manos, y cuando eso sucediera no conocerías la piedad.

No te fue difícil averiguar la identidad del cadáver. Se trataba de Jeanne Louise Nerval, una chica de la Provenza que, como tantas otras, había acudido a París en busca de trabajo. Estuvo empleada varios meses en una conocida boutique de los Campos Elíseos. Luego descubrieron su cuerpo ensangrentado, empuñando una pistola, en la cama de su apartamento. Aparentemente, había puesto fin a su vida disparándose un tiro en el ojo izquierdo. Los vaivenes de la política habían aconsejado que, por aquellos días, toda la policía de París siguiera la caza de un famoso gánster, distrayendo así a la atención pública de otros temas más peligrosos. En el acoso y derribo de este individuo, al que finalmente ejecutaron en plena calle, siguiendo el ejemplo de las películas americanas, no había tiempo para ocuparse de otros asuntos, y así se dio por buena la teoría de que Jeanne Louise Nerval, de quien se decía que sufría depresiones a menudo, se había suicidado.

Intuiste que no había sido así al descubrir, junto al cadáver, el horrendo homenaje de aquellos dos ojos arrancados, e imaginaste una historia terrible en la que la pasión y el sadismo habían forjado una cadena de horrores que el verdugo prolongaba más allá de la muerte de su víctima. Pero tus indagaciones en torno a la muerte de Jeanne Louise fueron infructuosas, y el único camino que te quedaba pasaba por aquella boca de alcantarilla del cementerio del Pére Lachaise.

El invierno comenzaba a afilar sus cuchillos sobre el negro pedernal de las noches de París. Pero una a una, durante semanas interminables, hiciste guardia bajo los cipreses, cerca de aquella boca de alcantarilla, cada vez más consumido por tu acuciante sed de venganza.

Una a una hasta esta noche en que, por fin, esa

boca de alcantarilla se ha abierto de nuevo. Ya casi no esperabas, pobre inspector Leféεvre, contemplar la malignidad de esos ojos grises, la torpeza de monigote gigantesco de esos pasos lentos, inseguros; ya casi habías perdido la esperanza de escuchar cómo se arrastran esos pies que tan enormes y peludos te han parecido a la difusa luz de la luna, con qué lúgubres ecos resuena su respiración entrecortada por las paredes del cementerio. «Es un blanco fácil y puedo disparar ahora», te has dicho antes de que el miedo y una abyecta curiosidad se apoderasen de ti. Porque lo cierto es que querías ver representada ante tus ojos la horrenda escena que tantas veces habías imaginado.

Y, en efecto, ante ti se ha desarrollado, tal y como esperabas. La negra piel con que se cubre está de nuevo reluciente de sangre, la misma sangre que empaña esa armadura metálica con que cubre sus dientes, esa misma sangre que le gotea de sus extraños guantes, acabados en cinco garfios retorcidos. Ahí tienes a tu enemigo, desdichado inspector Lefévre, con el copioso sudor dibujándole chorreones sobre la cara tiznada de hollín, encaminándose a profanar de nuevo la tumba, provisto de un objeto redondo, sanguinolento, en su mano derecha. Observa con qué sigilosa maña extrae la lápida, con qué increíble fuerza y pericia saca el ataúd, procurando hacer el menor ruido posible. Y míralo ahora, arrodillado frente a ese rostro corrompido. Observa con qué pasión lo besa, escucha ese largo gemido, ese desesperanzado lamento. Y no, no sueñas, puedes percibir con claridad la naturaleza de este nuevo rumor que te llega a los oídos: está llorando.

Si fuera posible llegar a sentir compasión por este ser abominable, ahora la estarías sintiendo. Pero mirá cómo relame el ojo de su nueva víctima, cómo lo pasa por la piel de oso que cubre su brazo para abrillantarlo, para limpiarlo de impurezas, y cómo finalmente sonríe con ojos extraviados y deposita su ofrenda junto a las anteriores. El llanto ha sido sustituido por un regüeldo espantoso, y de las profundi-

dades de su estómago aflora hasta las comisuras de sus labios un hilo de sangre...

Incapaz de reacción alguna, fascinado por la ominosa naturaleza de lo que presencias, esperas a que el ataúd se selle, sea de nuevo introducido en el nicho y éste se cierre con la lápida. ¡Ahora es el momento de actuar!

Pero antes de que te levantes del escondite, antes de que aciertes a encañonarlo con tu pistola, él se ha vuelto y se ha dirigido directamente hacia ti, seguro, maligno, con una tenebrosa sonrisa dibujándose en su cara tiznada, brillándole más que nunca esos dientes metálicos... ¡Sabía que estabas allí desde que abrió la tapa de la alcantarilla! Ahora le estás apuntando justamente entre los ojos, pero tiemblas, no puedes evitar que un sudor frío te empape hasta los huesos, y tu dedo trata en vano de oprimir el gatillo... Es apenas un segundo cargado de brumas que oscurecen tu mente, pero la mente de tu enemigo está despierta, sus reflejos esquizofrénicos son más rápidos que los tuyos, y antes de que quieras darte cuenta sientes sobre tu rostro el viscoso calor de un escupitajo ensangrentado... Los muertos se sobresaltan entonces con el ruido de tu inútil disparo (es el tronco de un viejo ciprés el que lo recibe) y tu oscuro enemigo alcanza con asombrosa celeridad la boca de la alcantarilla.

Ahora has caído en la trampa porque el furor te ciega, contagiándote la locura de tu enemigo. Te internas en su terreno, en ese oscuro laberinto subterráneo donde hasta las ratas son capaces de hacerte frente. Corres, completamente fuera de ti, por esos húmedos pasillos, llenándote la cara de telarañas, mientras al fondo, muy al fondo, más allá del pobre alcance de tu linterna, resuenan esos pasos lejanos hasta perderse en el silencio más absoluto.

Te das cuenta entonces de que estás solo, horriblemente solo, y de que eres incapaz de encontrar la salida. No te queda más asidero en este mundo de sombras que la empuñadura de tu pistola, ya que la

linterna encendida delataría tu presencia... Y ahora vuelves de nuevo a escuchar unos pasos. ¿O es el desenfrenado galope de tu corazón? Presientes que la muerte está cerca, mucho más cerca de lo que te imaginas, ya que sus dedos fríos acarician tu espalda vulnerable. ¿Serás alguna vez capaz de dar los pasos necesarios para encontrar la defensa de una pared?






¡Oink! ¡Oink!

¡Oink! ¡Oink!

Alejandro Delgrado

Admiráis el humano mimetismo de los monos, la increíble inteligencia de los delfines, la memoria de los elefantes, la perfecta organización de las abejas... Pero de los cerdos apenas recordáis otra cosa que su desagradable gruñido: oink, òink.



EL joven rubicundo y de cabello ensortijado se detuvo frente al escaparate de la óptica Tus. Carmela le observó detenidamente desde el mostrador y se concentró deseando que el caballerete se decidiera a entrar. El potencial cliente contempló durante largo rato varias monturas de gafas y por fin penetró en el establecimiento. Carmela se despojó de sus gruesas lentes y pasó frenéticamente una gamuza por los cristales casi de fondo de vaso. Acto seguido, y con gran naturalidad, se apoyó insinuante sobre el mostrador exhibiendo una sonrisa de bienvenida. Se veía a la legua (pensó optimista) que aquel joven necesitaba gafas: sus ojos ligeramente saltones y de mirada tierna hubieran acelerado los latidos de cualquier corazón femenino cuya poseedora no fuera una experta en oftalmología. Y aún así la romántica víscera de la dependienta se negaba a veces a aceptar lo que sabía por amarga experiencia cuando un caballero fijaba en ella unos románticos y tiernos ojos de cordero a punto de ser degollado: generalmente no era presa de una pasión volcánica por su persona; lo más frecuente era que hubiera perdido sus gafas graduadas.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó.

El joven extrajo de su bolsillo una receta y se la mostró.

—Veamos —metaforizó Carmela solidaria—. Estos son los cristales. ¿Quiere ir eligiendo la montura? —dijo extendiendo un gran surtido sobre el mostrador y acercando un espejo.

—Es que yo... —titubeó el cliente.

—No se preocupe. Yo le ayudaré a escoger. Creo que éstas van perfectamente a la forma de su rostro —aconsejó la muchacha.

—No... —vaciló el joven.

—Perdone —replicó Carmela herida en su orgullo profesional—. Estoy harta de probar gafas..., quiero decir que tengo experiencia suficiente para saber qué montura es la adecuada para cada rostro.

—Es que no son para mí —repuso el joven.

—Ah, eso es otra cosa. ¿Son para caballero, para señora?

El joven denegó con un gesto.

—Para un niño —concluyó ella sonriente.

El cliente volvió a repetir el gesto negativo.

Los dedos de Carmela tamborilearon sobre el mostrador y sus labios se fruncieron al tiempo que sus ojos, corregidos y ampliados por las gruesas lentes, se clavaban en el rostro del joven.

—Son... para un cerdo —confesó él finalmente.

—No hay problema —repuso Carmela sarcástica—. ¿Tiene por casualidad una fotografía suya?

El muchacho echó mano al bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una fotografía que tendió a la empleada. Carmela tuvo que admitir interiormente que el cerdo había salido francamente favorecido.

—Soy ayudante del doctor Schultz —explicó el joven—. La Granja Schultz es una institución benéfica y el doctor ha operado a *Gorry* de cataratas. La intervención ha sido un éxito, pero el pobre se verá obligado a llevar gafas el resto de sus días. ¿No lo ha leído en el periódico?

—No leo los periódicos —repuso ella con acritud.

—También lo han dicho en la televisión.

—No presto atención a esas guarradas —concluyó Carmela doblemente certera.

El joven le mostró un recorte de periódico donde se narraba la operación llevada a cabo por el doctor Schultz, que por otra parte no era nada extraordinario si se considera que las cataratas no son una enfermedad exclusiva del ser humano.

—Bien —admitió Carmela que se adaptaba fácilmente a toda clase de situaciones—, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Samuel.

—Usted no, el cerdo.

—*Gorry* —dijo el joven.

—No será fácil determinar qué montura es la más adecuada para ese *Gorry* —explicó—. ¿Qué distancia habrá desde los ojos a las orejas? —Y como el muchacho se encogiera de hombros continuó—. De lo que no hay duda es de que se le sostendrán muy bien sobre la nariz, o el hocico... —concluyó vacilante.

—¿Qué hace usted después de las ocho? —preguntó inopinadamente el cliente.

—Nada que tenga que ver con monturas —contestó ella con sequedad.

—La granja está a pocos kilómetros de la ciudad, y había pensado que si no tiene nada que hacer...

—Oiga —repuso veloz Carmela—. Ya me he topado con bastantes cerdos en mis horas libres como para aceptar una invitación de ese género. ¿Me toma por una fresca?

El *jeep* rodaba por la carretera levantando una gran nube de polvo. La tarde se encontraba entre dos luces y Carmela fijó sus ojos en el perfil del joven. No podía considerar que fuera su tipo, aunque a decir verdad a los treinta y ocho cumplidos su modelo ideal se había ido flexibilizando ampliamente en todas direcciones, dando cabida a prototipos bastante alejados de su primitivo ideal. Había renunciado ya a encontrar al hombre que reuniera en sí todas las ca-

racterísticas deseadas, y últimamente se conformaba con que la eventual presa estuviera dotada con una o dos notas del repertorio que antaño le parecía imprescindible exigir.

Lo que la había decidido a aceptar la invitación de Samuel era el hecho de que en el joven se aunaran nada menos que tres de las peculiaridades más subyugantes: cabello ensortijado y rubio, vello en las fosas nasales y estatura aventajada. A ello había que añadir una cierta timidez en el trato que, aunque no fundamental, era otra de las características de su ideal primigenio. En cuanto al aspecto negativo, había que anotar el mal olor: lo más probable era que se debiera al trato frecuente con los cerdos, y no a una incuria en el aseo personal, pero el caso era que Samuel despedía un intenso olor a cuadra y el coche, además, estaba hecho una verdadera pocilga.

Al doblar un recodo apareció ante ellos el edificio de la granja. Un hombre de edad, al que Samuel saludó con la mano, les franqueó la puerta de la verja y Carmela observó fascinada cómo el joven detenía el vehículo propinando una serie de patadas y empellones a los pedales del coche como si hubiera sido presa de un ataque epiléptico. Finalmente Samuel resopló al unísono con el motor del *jeep* y éste se detuvo.

El doctor Schultz despedía el mismo olor a cuadra que su ayudante, pero tampoco parecía advertirlo. De todos modos, una vez que los tres entraron en el edificio el hedor a pocilga se hizo tan intenso que ya no era posible singularizarlo. Carmela portaba un pequeño maletín con una colección de monturas y no había consentido que ninguno de los dos hombres cargara con él: su sentido profesional se lo impedía.

Las pocilgas estaban situadas en la parte trasera de la casa, y si los cerdos pudieran reflexionar las hubieran encontrado francamente confortables. En todas ellas había compartimentos separados para cada animal, en cada uno de los cuales podía verse un có-

modo lecho de paja, un comedero bien surtido de frutas podridas y restos de otros alimentos que no pudo identificar. La suciedad, no obstante, parecía consustancial con el lugar, y, según había podido apreciar antes Carmela, se había extendido incluso hasta el despacho del doctor y su pequeño pero bien equipado quirófano. Todo el edificio estaba lleno de deyecciones y residuos de alimentos, pero a nadie parecía importarle.

El doctor Schultz carraspeó y tosió de un modo en absoluto doctoral y dirigiéndose a Carmela continuó la explicación de las diferentes instalaciones por las que pasaban. La empleada de la óptica apenas prestaba oídos a las palabras y gruñidos del científico fascinada ante lo que veía.

La mayoría de los ejemplares que reposaban en sus cómodas cochiqueras habían sido sometidos a los cuidados del doctor y de su ayudante, y como resultado de sucesivas intervenciones los cerdos lucían patas escayoladas, vendajes en la cabeza o en el cuerpo o modificaciones en el hocico. El asombro de Carmela fue en aumento cuando le fueron presentados ejemplares que portaban gafas, sonotones y patas ortopédicas.

—El cerdo es un animal muy próximo al hombre en su fisiología y hasta en sus costumbres —continuó Schultz mientras Carmela no sabía si el doctor estaba o no ironizando—. Por tanto, lo he convertido en sujeto de mis experimentos que en nada contravienen las leyes de la naturaleza —aseguró, carraspeando—. No solamente mitigo los sufrimientos de estos pobres animales, los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos han llegado a andar, sino que de mis intervenciones saco provechosas enseñanzas que andando el tiempo podrán ser aplicadas al género humano.

—Mucho gusto, señorita —dijo alguien a espaldas de Carmela—. Esta se volvió y tan sólo pudo ver a un cerdo que lucía un vendaje en su cabeza a modo de turbante y un gran esparadrapo a la altura de la garganta.

—Hola, *Práxedes* —saludó el doctor dirigiéndose al verraco. Y añadió para tranquilidad de Carmela que se había quedado de piedra—: Naturalmente, no entiende lo que dice, es como una cotorra. Repite lo que le hemos enseñado gracias a una modificación que hemos efectuado en su garganta.

—Mucha suerte, señorita —dijo *Práxedes* con voz ronca y monocorde—. Que usted lo pase bien.

Carmela, que en el fondo tenía cierta educación, se despidió de *Práxedes* de una manera que a ella le pareció cortés, pero sin pasarse. Preguntó al doctor dónde se encontraba el ejemplar para el que habían sido requeridos sus servicios, pero éste sólo le respondió de una forma indirecta.

—Como ve, mi querida niña, algunas de nuestras criaturas ya llevan gafas, una vez que he logrado corregir sus defectos visuales. Pero el caso es que las monturas tal vez no sean las más adecuadas.

Samuel corroboró con un gesto las palabras del doctor y añadió por su cuenta después de aclararse la garganta:

—Es cierto, Carmela, eso usted misma puede apreciarlo, puesto que es experta en estas cosas. Estoy seguro de que se dará cuenta de que ciertas monturas van bien para determinados rostros, pero como ve no todos los cerdos tienen las mismas facciones.

—Esto es ridículo —dijo Carmela que sólo aguantaba la visita por si conseguía arrancar una cita a Samuel—. ¿Qué más le da a un cerdo operado de cataratas llevar unas gafas u otras?

—¡Shhh...! —musitó el ayudante mientras Schultz lanzaba a la muchacha una mirada fulminante—. Todos tenemos nuestro amor propio.

—¿Ah, sí? —exclamó Schultz furibundo arrancándose literalmente las gafas de su rostro—. ¿De manera que a usted le parece que mi personalidad se ve favorecida con el uso de estos lentes? —Y acercándose a uno de los cerdos que portaba gafas le despojó de ellas al tiempo que le propinaba una patada—. ¿Le

parece a usted...? —repitió colocándose la montura del cerdo que realmente no le favorecía.

—Pero usted no es un cerdo, doctor —replicó Carmela sin amilanarse.

—¡Maldita sea! —bramó Schultz al tiempo que se despojaba del segundo par de gafas y las pateaba haciéndolas añicos.

—Está bien, está bien —intervino Samuel conciliador—. Continuemos.

—Se ha empeñado en llevarme la contraria —dijo el doctor al oído de su ayudante.

Carmela que lo oyó no pudo evitar la última palabra:

—No te fastidia el matasanos —sentenció con retintín.

Continuaron visitando las instalaciones de la residencia del ganado de cerda o clínica, como la llamaba el doctor, y Carmela pudo apreciar el grado de sofisticación a que habían llegado las intervenciones del doctor cuando se detuvieron ante un ejemplar que lucía una hermosa cabellera ondulada. Más allá había una hembra con espléndidos ojos azules achinados, y en otro departamento los hocicos de los cochinos habían sido graciosamente modificados hasta llegar a adquirir perfiles decididamente humanos. El asombro de Carmela llegó al límite cuando fue presentada a un cerdo cuyo rostro tenía un extraordinario parecido con el de Omar Shariff.

—¡Increíble! —exclamó la muchacha.

—Una pequeña fantasía —repuso el doctor ruborizándose y gruñendo al mismo tiempo.

De súbito unos horrendos alaridos llegaron desde alguna habitación cercana. Schultz y su ayudante se miraron con una inquietud que no pasó desapercibida para Carmela.

—¿Qué hay en aquellas otras dependencias? —preguntó la muchacha.

—El matadero —repuso Samuel.

—¿Los recompone y los mata? —inquirió la muchacha.

—No soy un filántropo, mi querida señorita; al fin y al cabo, como habrá usted visto al llegar, esto es una fábrica de derivados del cerdo. La clínica y el quirófano son sedes de investigación, pero no tenemos ninguna subvención del Estado. El cuidado de los animales, todo el material médico, la comida... cuestan dinero, y es preciso sacarlo de alguna parte, así que a partir de las matanzas obtenemos chorizo, jamón, lomo, etc., que vendido a precios razonables nos permiten adquirir los elementos que he citado antes.

—Todo un ejemplo de reciclado —comentó Carmela satisfecha de poder emplear aquella palabra—. Un círculo perfecto para poder mantener sus investigaciones.

—¿Verdad que sí? —corroboró Schultz.

—Falta saber si los cerdos piensan de la misma manera que usted.

—La mayoría de ellos todavía no piensan, por desgracia —repuso el doctor.

—¿Quiere decir...?

La pregunta de Carmela se vio interrumpida por alaridos que procedían de la parte del matadero.

—Nuestros productos son altamente apreciados en el comercio. Nuestra calidad es proverbial —añadió el doctor con un tono propagandístico—, y ello es debido tanto al exquisito cuidado que prodigamos al ganado como a la excelente naturaleza de las comidas. Acérquese, acérquese —dijo al tiempo que aferraba un brazo de Carmela y la forzaba a aproximar el rostro a uno de los cubos con restos de comida maloliente—. Exquisito, ¿verdad?

Carmela sintió náuseas al verse tan cerca de aquellos residuos semiputrefactos. Se revolvió con todas sus fuerzas, pero Schultz no cedió y la mantuvo unos instantes con el rostro pegado a aquel nauseabundo pienso. Cuando pudo hablar exclamó:

—¡Suélteme, loco! ¡Me voy ahora mismo!

El doctor Schultz sonrió abiertamente hasta que lanzó una franca carcajada.

—¡Oink, oink! —rió.

—¡Oink! —repitió divertido su ayudante.

—¡Suélteme he dicho! —repitió Carmela aterrada.

Por toda respuesta el doctor Schultz lanzó otro ¡oink! y le propinó un feroz mordisco en el antebrazo.

—Estese quieta —gruñó guturalmente—. Ahora viene lo más interesante, ¿verdad, colega?

El ayudante asintió divertido y asió a Carmela de la otra mano. De esta forma siguieron avanzando por la pocilga y los dos científicos continuaron mostrando a la joven, con minuciosidad de cicerones, los especímenes de aquel extraño museo.

—Esta es *Nora,* uno de nuestros ejemplares más conseguidos —explicó Schultz.

La hembra aludida se levantó perezosamente y alargó la pezuña en ademán de saludo. Carmela se vio forzada a corresponder y su mano estrechó la extremidad córnea. *Nora* era poseedora de unos espléndidos pechos femeninos y su rostro, convenientemente modificado, recordaba de lejos al de una afamada cantante de ópera.

—¡Oink, *Nora!* —dijo el científico.

—¡Oink!, doctor —repitió dificultosamente la aludida.

—«Quaggiu la nave bianca...» —canturreó la cerda.

—«Madame Butterfly» —explicó Samuel con tonillo didáctico.

El ocupante del siguiente habitáculo de la pocilga era un híbrido, mitad puerco mitad hombre, dotado de extraordinaria musculatura y un fantástico bigote en la línea de la más genuina tradición británica.

—Sir *Perceval...* —saludó Schultz.

Carmela trató de liberarse de los dos hombres que la sujetaban, pero tan sólo consiguió que ellos oprimieran más sus muñecas.

—Por favor, doctor Schultz... —gimió.

—Yo no soy... ¡oink!, yo no soy el doctor Schultz, señorita —repuso el aludido.

—¿Cómo? *Nora* acaba de llamarle doctor —dijo Carmela.

—Hay que guardar las apariencias, querida.

—¡Oink, oink! —corroboró el ayudante.

—¿Dónde está el doctor? ¡Quiero verle! —gritó ella con desesperación.

Los dos hombres se miraron risueños y se echaron a reír. Cuando pudieron por fin hablar, el más anciano explicó:

—Hace mucho tiempo que se marchó —comentó divertido—, su ayudante también. ¡Y en qué estado! —Nuevamente prorrumpieron ambos en una ruidosa carcajada.

—¡Cuánto tiempo? —preguntó Carmela.

—Varias Navidades —repuso el ayudante muerto de risa—. Siete, ocho... ¡Oink, oink!

Conforme iban acercándose al matadero, los gritos y alaridos arreciaban y se hacían más desesperados. Carmela, sin saber por qué, comprendió que algo extraordinario había tenido lugar en aquella fábrica. De súbito se le ocurrió que en la sección de fabricación de embutidos tendría que haber gente, empleados, técnicos.

—¿Dónde..., dónde está la sección de charcutería? —preguntó.

Como si hubiera pronunciado una blasfemia, el falso doctor y su no menos falso ayudante se estremecieron de arriba abajo y sus convulsiones le produjeron un dolor insoportable en las muñecas, cuya presión no cedió un ápice.

—¡Odio esa palabra! —bramó el que se hacía pasar por Schultz—. ¡Cómo la odio! —repitió a punto de echar espumarajos por la boca—. ¡Oink!

—Debe usted decir la sección industrial —explicó el ayudante a Carmela—. Somos muy sensibles a algunos nombres —continuó—. Atavismos, seguramente.

—Antes de que visite esa sección, cosa que estoy en disposición de asegurarle —dijo el doctor con intención cuando se repuso del ataque de ira—, pasa-

remos por el matadero. Pero debo anunciarle que no utilizamos en absoluto procedimientos mecanizados para el sacrificio y posterior elaboración de los productos cárnicos. La calidad a que antes hice alusión es fruto de nuestros sistemas artesanos. Realizamos las matanzas a la antigua, como tradicionalmente se hacía en los pueblos —concluyó satisfecho de su explicación.

—Tengo que irme —dijo Carmela reuniendo toda su sangre fría para que su comentario tuviera visos de naturalidad.

—No tenga prisa, querida —repuso el doctor—. Le aseguro que no es propio de una señorita bien educada mostrar tan a las claras esos deseos de dejarnos —sentenció—. Tenga la certeza de que no va a quedarse aquí para siempre, ¡oink! —Nuevamente soltó la carcajada siendo imitado por el más joven.

Mientras se reponían del ataque de risa, los dos hombres arrastraron a la muchacha y la obligaron a penetrar en el matadero. Carmela sintió que se le helaba la sangre en las venas cuando vio el espectáculo.

Atada de pies y manos a un banco de matar yacía una joven completamente desnuda. A su lado, un hombre de facciones brutales empuñaba un cuchillo puntiagudo de considerables dimensiones, y más allá, en el patio, otros ayudantes se encargaban de aportar sarmientos a fin de que la hoguera que habían encendido no se extinguiera. Cuando los recién llegados hicieron su aparición, la muchacha torció el cuello brutalmente para verlos y lanzó un grito de horror. Al advertir que Carmela era sujetada por el doctor y su ayudante, la joven gritó desesperadamente:

—¡Cerdos, cerdos!

—¡Asesinos! —coreó Carmela—. ¡Cerdos asesinos!

—¡No lo comprendes —gritó la que yacía atada al banco—, no son hombres, son cerdos!

Carmela quedó confusa durante unos instantes y después miró detenidamente al doctor y su ayudante. El rubicundo cabello rizado del más joven le recordó inmediatamente el retorcido rabo de un verraco. Las

salientes mandíbulas del doctor y la forma de sus orejas tenían cierta semejanza con las de un cerdo auténtico. El doctor Schultz y su ayudante la miraron sonrientes y con los ojillos saltones.

—Es cierto, ¡oink!, que no somos completamente humanos, pero esperamos que usted no conceda demasiada importancia a este particular. —Dirigiéndose a uno de los ayudantes de la matanza que no cesaba de emitir gruñidos ordenó—: ¡Traigan a *Silvia!*

Al cabo de unos instantes, un hombre vestido de enfermero entró en la estancia empujando una camilla en la que yacía alguien envuelta en vendas. El doctor se aproximó a la que debía de ser *Silvia* y obligó a Carmela a hacer lo propio.

—Vea —dijo levantando parcialmente los vendajes que cubrían el rostro de la ocupante de la camilla—. ¿No es casi perfecto?

Carmela contempló asqueada a la cerda tumbada bajo las sábanas y comprobó que su rostro había sufrido una gran metamorfosis. A pesar de las cicatrices y de la piel amoratada en grandes extensiones, las facciones del animal presentaban una asombrosa semejanza con las de la muchacha que yacía desnuda en el banco de matar.

—La metamorfosis será perfecta cuando el proceso llegue a término. Unos cuantos trasplantes y habremos acabado, pero para estos últimos detalles es preciso que la donante pase a mejor vida, como dicen ustedes.

La aludida prorrumpió en alaridos al escuchar aquello y el doctor obligó a Carmela a alejarse unos pasos a fin de que sus palabras fueran oídas.

—Hay ya multitud de cerdos entre los hombres, querida, como sin duda habrá podido apreciar. A la par que las pocilgas se aproximan hacia los mataderos las metamorfosis se hacen más evidentes. Es como una cadena de producción —explicó—, pero ni que decir tiene que los últimos pasos han de darse con la colaboración, las más de las veces egoístamente involuntaria, del ser humano a quien queremos suplantar.

De este modo, y gracias a las primitivas investigaciones del auténtico doctor Schultz, del cual soy fruto y modesto continuador —gruñó recatadamente—, hemos conseguido terminar con la tremenda injusticia que significaban los constantes sacrificios de cerdos a fin de proveer las necesidades humanas. Dad al César lo que es del César, y al hombre lo que es del hombre. El doctor Schultz, realizando investigaciones con animales, puso las bases, muy a su pesar y con su absoluto desconocimiento, de lo que es hoy esta primera industria de los albores de la «era cerda».

—Dad al hombre lo que es del hombre... —repitió Carmela estupefacta.

—Naturalmente. Habrá observado que no faltan en el mercado productos con nuestra marca de fábrica, chorizos, salchichones, patés, jamón de York, etc. Dad al hombre lo que es del hombre —repitió. Y lanzando un ¡oink! de satisfacción prorrumpió en sonoras carcajadas.

—Entonces... —inició Carmela a punto de desmayarse.

—Todos nuestros empleados pertenecen a la raza porcina reconstruida, y es lamentable —explicó en un inciso— que hayamos de renunciar a nuestra forma externa a fin de proveer a nuestra supervivencia, pero en el fondo seguimos siendo unos cerdos, como habrá usted comprobado en numerosas ocasiones sin advertir cuán cargada de razón se hallaba al aplicar a algún humano lo que ustedes consideran un epíteto despectivo. Como habrá imaginado —continuó el doctor—, vamos a proceder de inmediato a un sacrificio, a una matanza, si lo prefiere. Podrá usted seguir todo el proceso y comprobará con sus propios ojos lo que mi poco elocuente verbo le transmitiría de manera parcial y defectuosa. Me cegaría la pasión —concluyó.

Dos ayudantes situaron a Carmela en un lugar preferente y la obligaron a mantener los ojos abiertos durante toda la operación.

El que manejaba el gran cuchillo se inclinó hacia la muchacha del banco y, haciendo presa con una mano en sus cabellos, hundió el machete sin compasión en el blanco cuello, y lo removió con fuerza hasta que brotó un espumoso chorro de sangre que fue convenientemente recogido en una palangana. Los alaridos de la llamada Silvia se hicieron insoportables; sus miembros se contorsionaban salvajemente, pero poco a poco, a medida que el chorro de sangre fue perdiendo fuerza, los gritos se convirtieron en roncos estertores y las contorsiones dejaron paso a esporádicos movimientos. Finalmente una gran palidez cubrió todo el cuerpo cuya piel se fue tornando cenicienta, y la muchacha quedó inmóvil sobre el banco de matar.

—Ahora la socarraremos —explicó el ayudante—. Hemos preparado al efecto una lumbre de brezo a fin de que todo el vello arda y la piel adquiera una consistencia especial muy agradable al tacto.

Ante los desorbitados ojos de Carmela, los hombres (digámoslo así) condujeron el cadáver cerca del fuego, y procedieron a pasarlo repetida y fugazmente por las llamas hasta que un fétido olor a carne quemada llegó hasta la (muy a pesar suyo) espectadora de la tradicional ceremonia.

Acto seguido colgaron a la desventurada por los pies y, después de arrancarle las uñas, un maestro matarife, con gran habilidad, trazó un profundo surco con un machete sobre el cuerpo del cadáver. Luego la incisión se hizo más profunda, y la víctima fue abierta en canal.

Con mucho tiento, el matarife rasgó delicadamente el peritoneo y los intestinos fueron retirados para servir de envoltorio a los embutidos que serían fabricados posteriormente. Luego se procedió a la extracción del hígado, grande y rosado, como una inmensa seta. Así quedaron al descubierto los riñones, que el ejecutor de la operación descolgó con mucho cuidado, y a continuación dio dos o tres golpes secos sobre el esternón y separó las costillas: los pulmones,

grandes sacos plegados, rodeaban el corazón definitivamente inmóvil.

Uno de los ayudantes, recortando un fragmento de asadura volvió el rostro hacia el doctor como preguntando: «¿Puedo?» Este denegó con un gesto y dijo:

—Es preciso llevar las muestras a analizar primero. No quiero imprudencias.

Carmela asistió al espectáculo horrorizada, envuelta en su propio vómito, y contempló cómo el cuerpo era finalmente descuartizado y los fragmentos asépticamente envueltos en bolsas de plástico conducidos hacia la sección de charcutería.

El doctor se aproximó a ella cuando todo hubo terminado y la joven se sintió morir considerando que ella era la próxima víctima, pero el científico la tranquilizó acariciando su frente con una pata que despedía un olor nauseabundo.

—Cálmese, querida, ahora haré que le traigan una copa de coñac para que se reanime y luego podrá descansar si lo desea.

—No... ¿no me van a sacrificar? —preguntó ella aterrada—. El doctor Schultz denegó con la cabeza y Carmela sintió que le volvían sus fuerzas.

—Me... ¿me puedo marchar entonces? —preguntó con un hilo de voz.

El doctor Schultz puso cara de circunstancias y respondió con voz ligeramente gruñona:

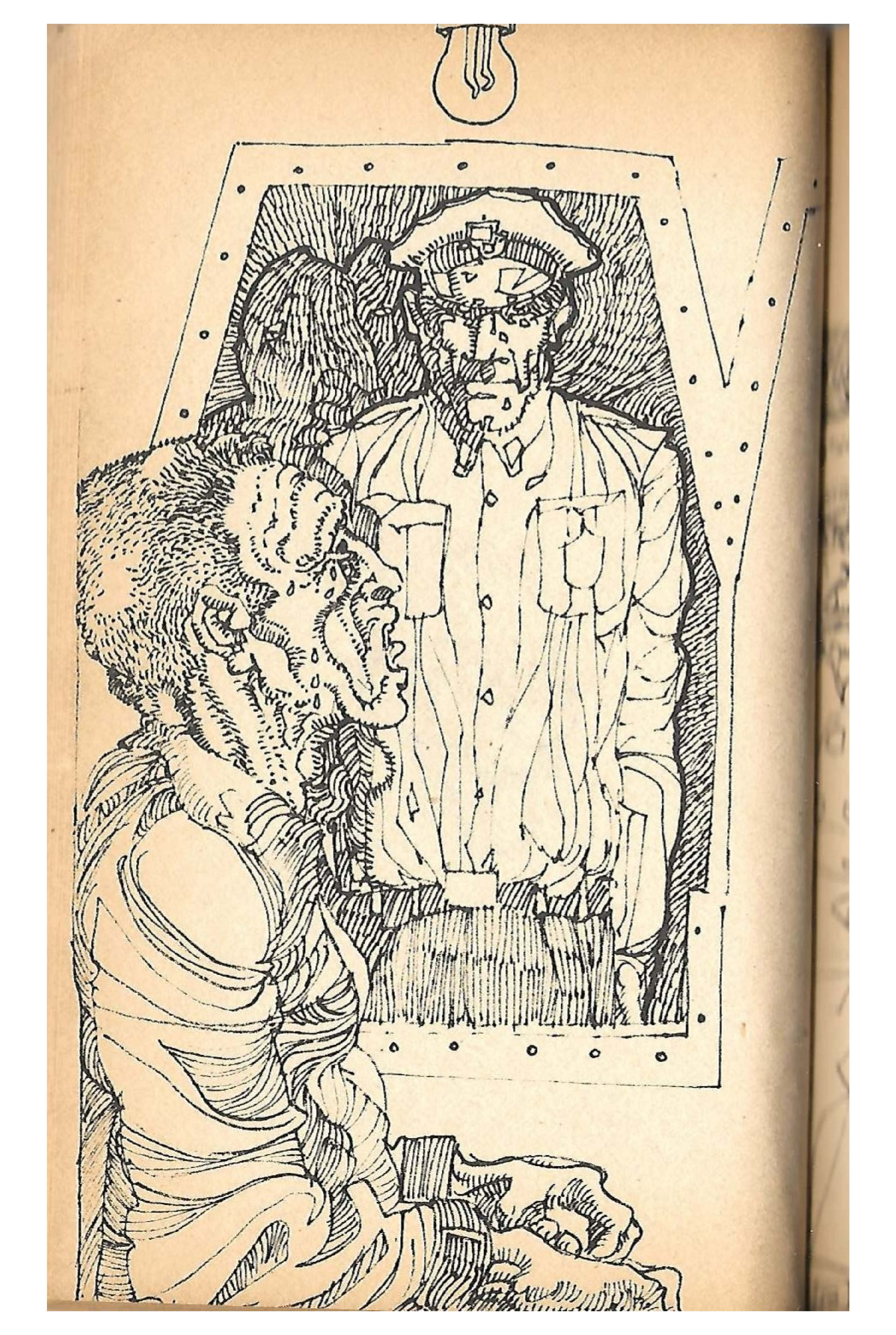
—Eso tampoco, querida. Recuerde: al César lo que es del César. Dando una gran voz pidió a sus ayudantes: ¡Traigan a *Carmela!*

Instantes después entraron empujando una camilla sobre la que yacía un cuerpo cubierto con una sábana. El doctor Schultz levantó parcialmente los vendajes que cubrían la cabeza del animal y ante los ojos de Carmela apareció un rostro a medio hacer, desenfocado y borroso todavía, pero sobre la faz del cerdo se podían contemplar dos cosas que la muchacha encontró tremendamente familiares: unas gafas con gruesos cristales graduados y un lunar en forma de

corazón sobre la indefinida mejilla izquierda. La mano de Carmela ascendió hasta su propio rostro y se acarició el lunar mecánicamente.

—Al hombre lo que es del hombre —musitó a su oído el ayudante de Schultz—. Pero demos tiempo al tiempo.







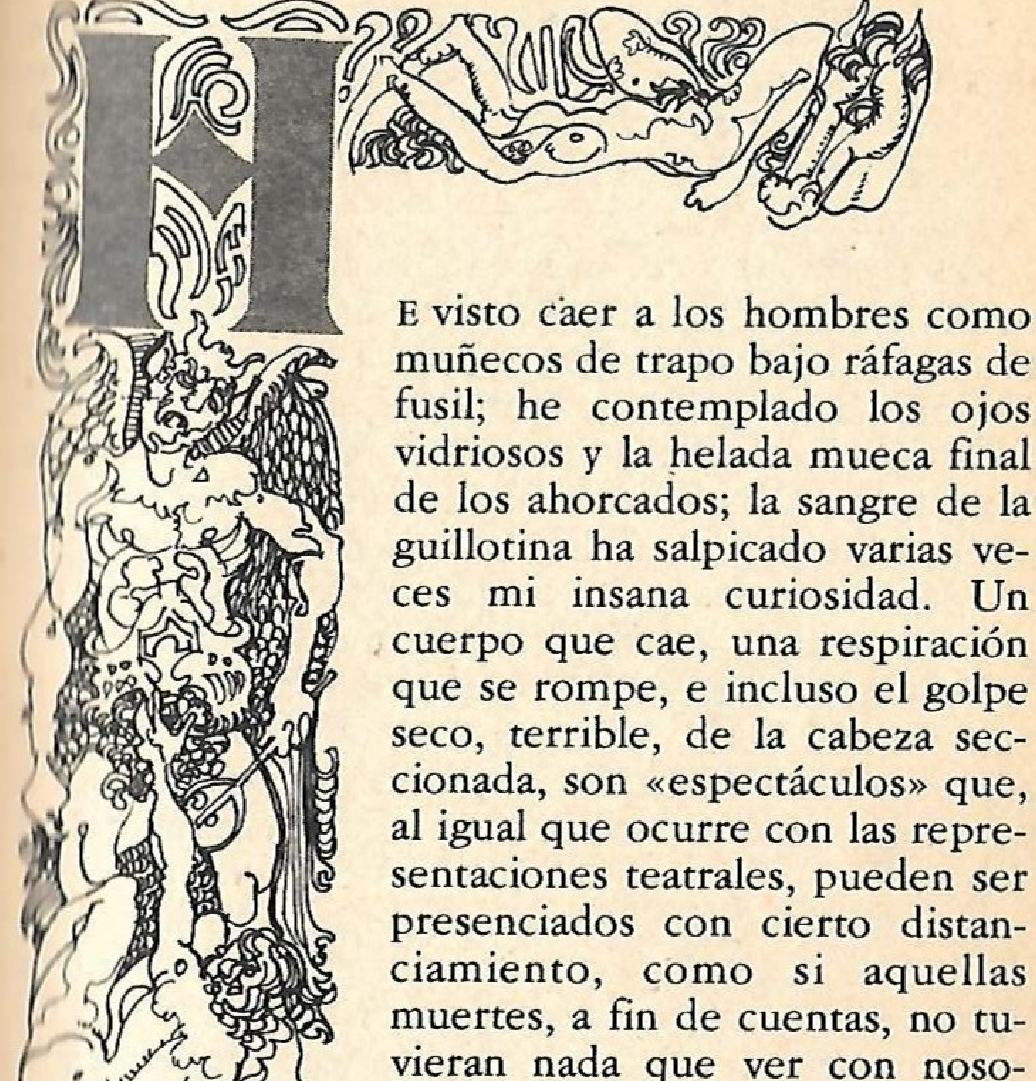
Nunca más

Nunca más

Lewis Mahoney

«El cuervo dijo: 'nunca más'»

Edgar Allan Poe



He visto caer a los hombres como muñecos de trapo bajo ráfagas de fusil; he contemplado los ojos vidriosos y la helada mueca final de los ahorcados; la sangre de la guillotina ha salpicado varias veces mi insana curiosidad. Un cuerpo que cae, una respiración que se rompe, e incluso el golpe seco, terrible, de la cabeza seccionada, son «espectáculos» que, al igual que ocurre con las representaciones teatrales, pueden ser presenciados con cierto distanciamiento, como si aquellas muertes, a fin de cuentas, no tuvieran nada que ver con nosotros. Esto ocurre porque en esa clase de ejecuciones conocemos el «guión» de antemano. Sabemos lo que va a pasar, conocemos los ritos establecidos, de la misma forma que el aficionado a las corridas de toros sabe por dilatada experiencia que en las diversas suertes existe muy poco margen para las sorpresas. Pero también he asistido a una ejecución en la cámara de gas, y puedo asegurar que por nada de éste o de cualquier otro mundo posible volvería a repetir la experiencia. ¡Nunca más! Porque fue ahí y sólo ahí, ante el cristal que nos separaba del condenado, donde contemplé el verdadero,

el imprevisible, el espantoso rostro de la muerte.

Mi condición de escritor y ciertas influencias en las altas esferas me permitieron asistir el lunes, veintidós de octubre de 1979, al horror que desde entonces siembra mis noches de sobresaltos y pesadillas. Yo era uno de los catorce testigos que presenciaron la ejecución de J. B., convicto de asesinato, desde una habitación contigua.

«Es preferible que vayas en ayunas —me aconsejaron—, no se te ocurra tomar ni una taza de café». Pero yo tenía mis propias teorías y decidí que, aunque fueran las cuatro de la madrugada, era mejor atiborrarse con un buen desayuno. No era la primera vez que iba a ver morir a un ser humano. En anteriores ocasiones, la coartada gastronómica había dado muy buenos resultados, ya que la fisiología de la digestión siempre me ha producido el inestimable beneficio de adormecerme la conciencia. Me maldije por haberlo hecho en cuanto vi el rostro desafiante, tranquilo y lleno de desprecio del condenado, y supe que esta vez iba a ser muy diferente de las otras.

Nadie había logrado dormir esa noche en la prisión de Carson City. Escuché una cadena de murmullos ininteligibles, amenazadores, procedentes de las celdas, mientras caminaba, junto con los otros testigos, por los corredores salpicados de barrotes que conducían a la cámara de gas. Alguien gritó «¡Asesinos!», y los ecos de ese grito resonaron largamente en mi cerebro como una inesperada acusación. Reconocí entonces, bien a mi pesar, que no era inocente, que mis manos no estaban limpias, desde el momento en que me prestaba a representar el papel de testigo, y empecé a sentir vergüenza de mí mismo. ¿Qué diferencia había, en realidad, entre el ejecutor y el testigo de un acto tan execrable como quitar la vida fríamente, legalmente, a un ser humano? Confieso que nunca me había planteado estos problemas. Tal vez porque nunca tuve ocasión de estar físicamente tan cerca de las víctimas. La ejecución estaba empezando a tomar

matices sumamente desagradables, incluso antes de que comenzara.

Pero fue, como digo, al ver el rostro del condenado, cuando supe que una oscura sombra iba a entenebrecer mi vida durante mucho tiempo. Paradójicamente, ver en la cara de un semejante que va a morir las señales del terror resulta reconfortante. Porque el miedo de la víctima nos facilita la justificación de lo injustificable. Es como si de alguna forma reconociéramos en ese terror a morir la consecuencia lógica de un justificado sentimiento de culpabilidad por parte de la víctima, y se nos hace entonces evidente el cómodo axioma de que «quien haya hecho algo malo debe pagarlo», aunque sea al monstruoso precio de la propia vida. Pero había algo en el rostro de J. B. que no encajaba en el juego. Y ese algo era, sencillamente, que no mostraba miedo.

Conocía las facciones duras, angulosas, la frialdad de los ojos azules de J. B., por haberlas visto decenas de veces en los periódicos, en ocasión de su sonado proceso. Pero desconocía que un rostro presentado por el sistema como «típico de maleante» pudiera ser capaz de tan inimaginable serenidad ante la hora final. Reconocí entonces que J. B. no era «esencialmente otro» que yo, sino que navegaba como yo mismo en la corriente de la vida, con todas sus contradicciones, y que la distinción maniquea entre «buenos» y «malos» no era sino una mentira estúpida. J. B. sabía que la mejor manera de hacernos daño era no mostrar miedo alguno, y estaba cumpliendo su cometido con la mayor perfección.

Entró en la cámara de gas con una sonrisa. Iba sin zapatos, con calcetines blancos y vistiendo un sencillo pijama azul. Antes de sentarse por última vez en su vida nos miró a todos, uno por uno. Nos miró directamente a los ojos y, como si pudiera adivinar nuestros pensamientos, como si se hubiera convertido en la imagen de un espejo, compuso un gesto adecuado al estado de ánimo de cada cual, irónicamente. De esta forma consiguió que, al menos en lo que a mí

respecta, nos sintiéramos dentro y no fuera de la cámara. Eso me provocó las primeras náuseas.

Pero J. B. no había perdido su sonrisa. Podría decirse que se disponía, cuando fue obligado a sentarse, a ver un divertido programa de televisión. Su último espectáculo éramos nosotros mismos, los testigos, y al parecer no estaba dispuesto a perdérselo. Y entonces fue cuando tuvo su primer gesto increíble. Sin abandonar su sonrisa, sin manifestar la menor compasión por sí mismo, levantó su puño izquierdo con el pulgar hacia arriba, y luego giró la muñeca haciendo que el pulgar se colocara en sentido inverso. Era el mismo gesto con que los césares, desde el estrado del coliseo, condenaban a muerte a los gladiadores. La ambigüedad del gesto me produjo un insoportable escalofrío. No estaba claro si con él nos condenaba a nosotros o aceptaba, soberanamente, su propia condenación. En cualquier caso, la propia muerte parecía seguir importándole muy poco. La lentitud del proceso mortal, característica de las ejecuciones en la cámara de gas, nos iba a permitir conocer si esa indiferencia era real o fingida, si J. B. sería capaz de aguantar el tipo hasta el final.

Unos simples correajes en las muñecas y en los tobillos le sujetaron a la silla metálica. Los dos guardianes encargados de realizar la operación, hombres fornidos con el rostro cubierto por una especie de mascarilla negra, de seda, no encontraron dificultad alguna en su trabajo. Mientras le sujetaban las muñecas estuve atento a las manos de J. B., pero no pude advertir en ellas el más leve temblor.

El rostro de J. B., sin abandonar la sonrisa, comenzó a palidecer en cuanto los guardianes se marcharon, cerrando tras de sí la puerta de la cámara de gas con un golpe sádico, anormalmente más fuerte de lo que fuera necesario. Siguió un lento compás de espera que J. B. aprovechó para volvernos a mirar intensamente, hasta el fondo de los ojos. Era una mirada demasiado humana para ser soportada, y la mayoría de los testigos volvió la cabeza. Yo la aguanté

un buen rato, creyendo ilusoriamente que al hacerlo podría infundirle valor. Pero cuando advirtió mis compasivas intenciones, sus ojos me inundaron de un orgulloso desprecio, y tuve que volver la cabeza como todos, con la vergüenza aflorando en mis mejillas, teniendo que reconocer que no era mejor que los demás testigos. En ese momento hubiera deseado marcharme, no sólo porque sabía que el verdadero horror iba a comenzar entonces, sino también, sencillamente, porque no podía soportarme a mí mismo.

Lo más digno hubiera sido precisamente eso: levantarme de la butaca y testimoniar con esa huida mi disconformidad ante aquella macabra farsa, y estoy seguro de que no fui el único testigo que experimentó este sentimiento. Pero tuve que reconocer la existencia de otro infinitamente más fuerte, el de la morbosa, la insana curiosidad de ver morir a un hombre. Un sentimiento horrible si se quiere, pero sin duda más apasionante que ninguno.

Sabía cómo iba a funcionar el hipócrita mecanismo. Tres funcionarios de la prisión, desde un lugar que permanecía oculto tanto a las miradas de los testigos como a la del condenado, pulsarían otros tantos botones, aunque sólo uno de ellos accionaría en realidad el dispositivo. Así, nadie sabría nunca quién fue el verdadero verdugo, y de esta forma el sentimiento de culpa se diluía hasta alcanzarnos a todos nosotros. El mecanismo estaba concebido de tal manera que, al ser accionado, dejaba caer varias pastillas de cianuro potásico en un recipiente con ácido sulfúrico, colocado justamente delante de las narices de J. B.

Vimos con toda claridad cómo caían siete gruesas pastillas blancas dentro del recipiente, vimos que el ácido iniciaba una furiosa ebullición y que un humo blanquecino, denso, comenzaba a desprenderse en el interior de la cámara. J. B. dio entonces un extraño alarido, mitad de terror y de satisfacción, y comenzó a inhalar rápidamente, sin duda creyendo que con ello podría acortar los terribles momentos del final. Pero la cámara de gas no está concebida para una

muerte rápida. La cámara de gas es una cámara de tortura que hace sufrir indeciblemente, prolongando al máximo la agonía del condenado, y permitiendo que el espectador experimente la sádica satisfacción de seguir con toda minuciosidad las ominosas fases de esa agonía. Quien imaginó esta tortura estaba pensando en acabar con la integridad física de la víctima, pero sobre todo con su integridad moral, socavando lentamente su condición de ser humano hasta reducirlo al estado de las bestias.

Probablemente, J. B. intuía esa realidad, y a ello se debía que desde el primer momento hubiera adoptado esa actitud orgullosamente digna y despreciativa que nos había sobrecogido. Y, por lo que pudimos ver, estaba dispuesto a seguir manteniendo tal postura hasta donde le fuera posible.

Tenía los ojos excesivamente abiertos, casi desorbitados, y comenzó a resollar, dando muestras de una insufrible angustia fisiológica. Pero sus ojos conservaban, en toda su integridad, el brillo de la altivez. El gas proseguía lentamente su insidiosa labor, y no tardamos en ver su rostro cada vez más rojizo, como si la sangre quisiera escapársele de las venas. Volvió a gritar de nuevo varias veces, pero ahora eran puros alaridos desesperados, probablemente proferidos de una manera refleja, orgánica, aún en contra de su propia voluntad. Y hasta ese momento, su espantosa lucidez no le había abandonado ni un sólo segundo.

Sin embargo, la acción del gas tuvo para J. B. algunos instantes de clemencia, ya que en varias ocasiones vimos que su cabeza se caía, durante unos momentos de obnubilación, para levantarse de nuevo, despertada por el imperativo horror de lo que le estaba sucediendo. Le vimos contraerse con tanta fuerza que consiguió soltar la correa de su mano derecha. Confieso que sentí un pánico cerval pensando en la improbable posibilidad de que lograra desasirse del todo, romper el cristal con furia y abalanzarse sobre todos nosotros. ¿Qué hubiera sucedido entonces? Probablemente, lo hubieran rematado a tiros allí

mismo, como a una bestia. No fue eso lo que ocurrió, sino que al comprobarse que había roto la correa, un nuevo montón de pastillas, tal vez quince o veinte, cayeron sobre el ácido.

Era una precaución tan inútil como excesiva, ya que J. B., pese a la extraordinaria robustez de su naturaleza, estaba entrando en franca agonía. Su mano libre, mostrando una horrorosa crispación, manoteaba inútilmente, como queriendo espantar, en un último esfuerzo, al fantasma de la muerte. Por las comisuras de sus labios comenzó a desprenderse la saliva, y una lengua enorme, cárdena, seca, asomó hasta quedar apoyada en el labio inferior. Por los ojos enrojecidos, entreabiertos, comenzaron a manar abundantes lágrimas. Y aunque no podíamos oírle, porque su voz era ya muy débil, entendimos por los acompasados movimientos de su rostro que estaba sollozando.

A mi lado, uno de los testigos perdió el conocimiento. Otro tamborileaba nerviosamente con los dedos en los brazos de su butaca, y casi todos estábamos pálidos, deseando que el macabro espectáculo terminara cuanto antes. Pero también advertí un rostro sonrosado, sonriente, de ojos duros como cristales, cuya inequívoca sonrisa mostraba bien a las claras la naturaleza de su profunda satisfacción. Me compadecí de aquel pobre sujeto mucho más que del propio J. B. quien, conforme a la promesa hecha días antes, había tratado al menos de «morir como un hombre».

Pero, ¿cómo muere un hombre? Un hombre muere como un cerdo, como un perro o como cualquier otro animal. No hay dignidad posible en una muerte violenta porque el organismo, cuando está rebosante de vida, se niega desesperada, absolutamente, a dejar de existir, y muestra su disconformidad ante los verdugos con mil signos adversos y escalofriantes: el temblor de las manos, la contracción del cuerpo, el grito angustiado, la inútil furia de la desesperación. Y eran precisamente esos signos los que

congregaban a las multitudes, cuando las ejecuciones se realizaban en la plaza pública.

Semejantes reflexiones me embargaban el ánimo cuando creía que ya no quedaba nada por ver. Pero la cámara de gas es una caja de sorpresas macabras. Todos creíamos que J. B. había entrado ya en las últimas. Pero entonces le vimos abrir los ojos, mientras respiraba a un ritmo alocado, y levantar el puño derecho hacia donde estábamos, como si quisiera descargar en nosotros sus últimas fuerzas. Y volví a escuchar de sus labios convulsionados, a pesar del obstáculo que constituía el grueso cristal, el mismo grito con que fuimos recibidos al encontrar en la prisión de Carson City:

—¡Asesinos!

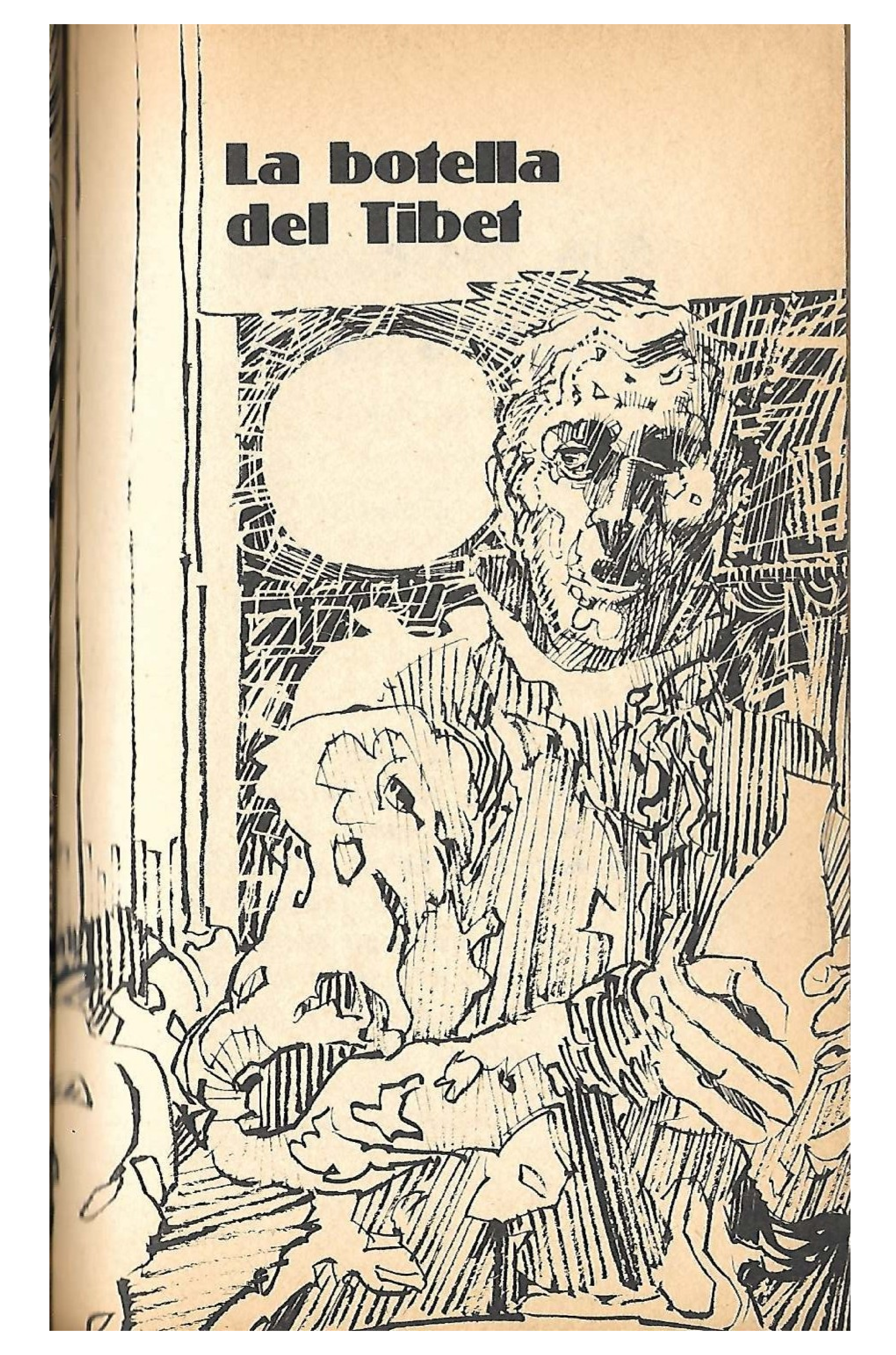
Luego cayó desplomado, con la barbilla hundida en el pecho y sus pantalones se humedecieron más y más hasta que las gotas de orín llegaron al suelo. Había muerto.

Entonces vomité. Como vomito nuevamente cada vez que lo recuerdo...





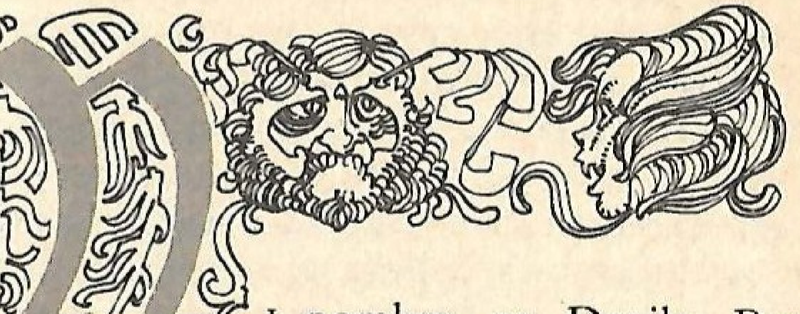
La botella del Tibet



La botella del Tibet

Daniel Tubau

Aburrido, huyendo de la mediocridad y de la rutina, se dio a recorrer el mundo entero y se ensimismó en la contemplación de los más preciados objetos de arte para satisfacer su placer de Belleza. Cierto día, encarado al fondo de una botella de jade, encontró su destino...



Mi nombre es Danilo Barutzzi. Hace muchos años yo era un joven apuesto, de cuerpo robusto y agradable rostro. No digo esto por vanidad, lo digo porque la historia que voy a narrar me corresponde solo y únicamente a mí y a aquel objeto que precipitó de modo tan repentino mi vida y que día tras día demacró mi rostro, mis maneras y mis hábitos convirtiéndome en lo que hoy soy. Como he dicho, yo era un joven de singular belleza y allá donde iba las más dignas mujeres se interesaban por mí. Por si esto fuera poco, una gran fortuna (heredada de mi padre) me abría las puertas de los círculos más distinguidos de Europa. A pesar de tener a mi alcance a las mujeres más bellas y de mayor linaje, nunca me decidí por ninguna, transcurriendo mi vida en la placidez de aquel que no se siente en posesión de nadie. Era yo un marinero en tierra firme, y si el dominio de aquel es el mar el mío era la sociedad adinerada.

Llegó un día en que, cansado del ambiente en que se desarrollaba mi existencia, realicé numerosos viajes de uno a otro confín del globo en busca de las emociones que me faltaban. De este modo descubrí

singulares bellezas que siempre había ignorado; me deleité en la contemplación de olvidados palacios indostánicos, subí por las escalinatas de gigantescos templos de la América central, anduve por los desiertos arábigos y me enseñoreé bajo los pétreos mármoles edificados en la cuenca del Eúfrates. También conocí misteriosas mujeres de ojos oscuros y cuerpo felino, mujeres en nada parecidas a aquellas que pasearan su sofisticada belleza por la vieja Europa.

Mi fortuna, sin embargo, crecía día a día en oro, gemas y obras de arte adquiridas en los remotos países por los que viajaba. He dicho que mi fortuna aumentaba constantemente, pero esto no es enteramente cierto. Es verdad que poseía más riquezas que antes pero —como ya he dicho— en oro, gemas y obras de arte. Posesiones estas que, de haberlas vendido, me habrían proporcionado fortunas nunca soñadas. Pero nunca las vendí. Las deseaba tener junto a mí para contemplarlas continuamente; eran mías y de nadie más y ni mis más íntimos amigos podían verlas, pues no las reuní para provocar la envidia entre los que me rodeaban, lo hice sólo para mi plena satisfacción. Las amontonaba en mi mansión sin ningún orden más que el que me dictaba mi propia conciencia y así, cuando regresaba de un largo viaje, me pasaba semanas enteras perdido en su contemplación.

A causa de mi negativa a venderlas acabé pidiendo dinero prestado a mis antiguos amigos, pues así como nunca se llenaba el tonel de las danaides por más agua que estas echasen, mis ansias de aventuras y viajes nunca menguaban.

Y fue en uno de mis viajes donde encontré el objeto que ahora me condena, el objeto por el que sé de mi inminente muerte.

Me hallaba en el Tibet, buscaba un misterioso templo que, se decía, alzaba su magnificencia en aquellos desiertos nevados. Nadie sabe donde se halla y ni yo mismo sabría encontrarlo de nuevo, pues aunque yo lo buscaba con ahinco fue la casualidad (o el destino) quien lo puso en mi camino. Tan solo

eran leyendas lo que me había impulsado a buscarlo casi con locura, pero yo confiaba en su existencia porque toda leyenda tiene un fundamento.

Algunas son sueños de enloquecidos poetas y aun así son ciertas pues estoy seguro de la existencia de mundos que no pueden ser vistos y que, sin embargo, están junto a nosotros; otras no fueron leyendas en un principio pero el tiempo ha borrado toda huella que las hiciese reales y otras siempre han sido leyendas que, trasmitidas de padres a hijos, refieren la existencia de mágicos lugares que nadie vio pero que algunos intuyeron. El templo que yo buscaba pertenecía al tercer grupo y por tanto aún debía existir en algún lugar de las montañas tibetanas. Tras sus huellas recorrí durante más de año y medio las nevadas cumbres y los hundidos valles que separan cual ciclópeos muros la India del sur de China. Siguiendo el río Lhasa llegué a la capital del Tibet y junto al santuario de Potala (donde reina el *Dalai-Lama*) un monje me habló del lugar que mis ansias perseguían. Él sabía de su existencia pero nunca lo había visto; allí habitaban —según él— los hombres más sabios del planeta y ni siquiera el *Dalai-Lama* podía visitarlo. Los lamas de Lhasa nunca lo buscaron pues sus esfuerzos habrían resultado vanos si ellos (los hombres que lo edificaron) no deseaban mostrarlo a sus ojos. Y aún cuando lo encontraran sufrirían grandes desgracias a causa de la profanación.

Mas yo hice oídos sordos a la advertencia y una vez repuestas mis fuerzas, continué mi viaje más seguro de la existencia de aquel lugar. Vagué durante meses por los montes realizando breves descansos en los santuarios tibetanos que entre monte y monte alzan su singular belleza. Por fin llegué a un lugar que, me aseguraron los lamas, era el último vestigio de su civilización. «Más allá nada hay, solo nieve, detén tu viaje pues nada encontrarás», me dijeron. Estas palabras no disminuyeron mi esperanza sino que la acrecentaron notablemente; me cargué de provisiones y, arrastrándolas, continué mi camino.

Pasaron los días y nada encontré, mis provisiones disminuían de modo alarmante y ya no podía regresar al lugar de donde había partido. Finalmente quedé sin nada que comer y alimentándome de nieve me arrastré por un interminable valle que se extendía ante mí. Enfermé rápidamente, la fiebre hacía estallar mi cabeza comenzando a sufrir alucinaciones. En mi imaginación se me aparecieron templos de todas las formas y tamaños, pero a pesar del delirio, yo sabía que ninguno de aquellos templos era el que yo buscaba; pues aunque jamás lo había visto estaba convencido de que ninguno de ellos, por fantástico que fuera, podía asemejársele. Intenté no ser dominado por la fiebre y el cansancio pero fue en vano. Caí desmayado en aquel interminable valle y en mi inconsciencia esperé la muerte que me libraría del suplicio a que me hallaba sometido.

No se cuánto tiempo permanecí sin sentido en aquel lugar, pero cuando abrí los ojos pude ver dos siluetas que avanzaban hacia mí. Por un momento pensé que sufría una nueva alucinación, pero cuando una de ellas me levantó y me transportó sobre sus brazos supe que eran reales, supe que había alcanzado mi objetivo y volví a desmayarme. Cuando desperté de nuevo me hallaba tendido en un lecho y junto a mí estaban dos hombres a quienes distinguí como lamas. La fiebre había desaparecido y al preguntar cuánto tiempo había pasado allí me respondieron que tres días. Hablaban el lenguaje tibetano, pero su tono era suave y melodioso, confiriendo a sus palabras una singular sonoridad. Anticipándose a mis deseos me trajeron comida en abundancia que yo devoré con frenesí. No me permitieron levantarme y solo seis días después, cuando ya mis fuerzas habían aumentado, pude caminar junto a uno de ellos por el interior de la ciudad templo.

Caminábamos por un espléndido jardín, un lago interior reflejaba en sus claras aguas los altos muros que nos rodeaban. Al mirar al cielo vi cómo los muros se juntaban entre si en perfecta simetría dejando

sólo una pequeña abertura en la cúspide; como comprobé al abandonar aquel lugar, aquel templo tenía la forma de una gigantesca pirámide. El monje caminaba tras de mí, con esa tranquilidad que da el hallarse en paz con la naturaleza, respondiendo con pasmosa sencillez a las constantes preguntas que yo le hacía. De no saber cómo había llegado allí, nunca habría sospechado que me hallaba en el Tibet, rodeado de montes nevados y abismos de hielo.

La temperatura era ligeramente cálida y según me explicó mi acompañante esto se debía a la peculiar construcción del templo. En aquel fabuloso lugar pasé varias semanas al término de las cuales se me comunicó que debía irme. Yo asentí, temeroso de contradecir a hombres tan sabios como aquellos, pero rogué me dejaran ver al *Dalai-Lama* antes de mi partida. Mi petición fue aceptada y se me condujo al lugar donde este vivía. Era un hombre de alta estatura, su mirada profunda revelaba una vida dedicada al estudio y a la meditación y sus labios apenas se abrían al hablar. No podría repetir todo aquello que me dijo, pues nunca oí frases semejantes de labios de un mortal, pero cuando me disponía a marchar mi vista se encontró con el objeto que tantas desgracias me habría de causar. Era una botella de líneas sencillas, color verde jade. No desprendía brillo alguno y se diría que su color era el reflejo de otro objeto.

Por más que lo intenté no logré apartar mi vista de la botella y lentamente, como poseído por un oscuro poder, me acerqué hacia el lugar donde se hallaba. Mis manos lo agarraron con demencia, lo apreté contra mi pecho y me giré bruscamente hacia el *Dalai-Lama* desafiándole con la mirada y dándole a entender que no me iría del templo si no era con aquel objeto. Él me contestó con una benevolente y a la vez triste mirada, como se mira a un niño que ha cometido una mala acción.

—Llévatelo, es tuyo ya que tanto lo deseas —me dijo con su melodiosa voz—, sé que nada de lo que yo diga te hará desistir, pero ese objeto que ahora

ansías con pasión te condenará y pondrá fin a tu insensata vida. Yo también he sentido la necesidad de cogerlo, pero sé los males que esa acción me causaría y no lo he hecho. Te lo puedes llevar porque sé que, cuando tu ya no existas, volverá a mí, ya que siempre ha estado aquí y muchos han condenado su existencia por su causa. Sólo quiero advertirte de que la vida tan solo te deparará desgracias sin fin, que jamás podrás desprenderte de él y que pronto serás parte de él y tu alma quedará encerrada en sus paredes como tantas otras. Ahora vete, no temas nada, llegarás con bien a tu hogar, pero cuando estés allí el mal se abatirá sobre ti sin piedad.

Aquel hombre no me mintió y, finalmente, logré llegar a lo que se conoce como civilización. No me separé ni por un momento de la botella y no se la enseñé a nadie; me refugié en mi mansión e hice lo que tanto deseaba; la botella estaba cerrada fuertemente y en todo el tiempo que la había tenido conmigo no la abrí como previendo el destino que me acechaba en su interior. Ya en mi mansión, junto a la chimenea, la abrí y al hacerlo me sentí atraído fuertemente por algo que me obligaba a mirar en su interior. Recordando las advertencias del *Dalai-Lama,* hice todo lo que pude para vencer aquella misteriosa fuerza, pero desde dentro de la botella llegaron a mí los lamentos de miles de personas que me imploraban ayuda. Aquellos lamentos brotaban del interior de la botella pero sonaban lejanos, inalcanzables. Por fin sucumbí a la curiosidad y miré. Sólo vi miles de rostros que me miraban con demencia. A pesar de la pequeñez de la botella yo veía esos rostros del mismo tamaño que el mío y se extendían por una interminable atmósfera violácea. Eran cientos, miles quizá, y sus facciones aparecían ante mí con absoluta nitidez. Por más que lo intenté no pude alejar mis ojos de aquel horrible espectáculo hasta que entre todos aquellos rostros distinguí una calavera, un cráneo que me atravesaba con sus cuencas vacías, que me atraía hasta el fondo de la botella, sentí que una parte de mí

penetraba en ella y haciendo un violento esfuerzo lancé aquel maligno objeto lejos de mí.

En los días posteriores se sucedieron las desgracias sin tregua ni fin. Mi perro dogo murió en un acceso de locura, mi biblioteca fue devorada por las llamas y poco a poco perdí todas mis pertenencias, mis deudores embargaron todas mis obras de arte adjudicándolas un valor irrisorio y me ví obligado a abandonar mi mansión para recluirme en una mísera casa en las afueras de un pequeño pueblo alemán.

Sin embargo no podía desprenderme de la botella que me acompañaba donde quiera que fuese. Con el tiempo llegué a convertirme en una persona detestable, todos se alejaban de mí y no era admitido en ningún lugar. Mis antiguos amigos me rechazaban y nadie me prestaba la ayuda y el consuelo que tanto necesitaba. No había paz para mí y hasta los habitantes del pueblo cercano a mi casa llegaron a acusarme de sus desgracias; se sucedieron las cosechas perdidas, los animales nacían con malformaciones, los niños morían en el vientre de su madre y todo me lo atribuyeron. Los aldeanos enfurecidos se negaban a proveerme de alimentos y me apedreaban cuando bajaba al pueblo, querían que me fuera de allí con mi maldición, pero no tenía otro sitio a donde ir. En pocos meses mi aspecto cambió totalmente, mis ojos perdieron el brillo de la juventud, el cabello tornóseme cano y frágil, y mi cuerpo se debilitó sacudido por las más nefastas enfermedades.

Encerrado en mi habitación, sin nada que comer, me pasaba las horas con la mirada perdida en el interior de la botella, en aquella calavera que me miraba burlonamente. Decidido a acabar con la maldición me propuse huir de allí; lancé con todas mis fuerzas la botella lejos de mí y quise huir de mi casa.

No puedo describir el horror que me atenazó cuando uno tras otro mis esfuerzos para escapar resultaban frustrados ya por mi debilidad, ya por causas ajenas a mí mismo. Me era imposible alejarme de

aquella casa y de nuevo sucumbí al funesto influjo de la botella.

Así pues quedé encerrado en aquella mísera casa. A través de la botella veía como aquella calavera se convertía en el centro de aquel demencial paisaje de rostros mortecinos y miradas suplicantes. Las fuerzas huían de mi cuerpo produciéndome un estado mental en que todo me era indiferente. Un estado similar al que experimentan los adictos al opio en que todo resulta liviano e irreal. Esto sucedía cuando fijaba mis ojos en las cuencas vacías de aquel cráneo, pues cuando, con gran esfuerzo, lograba sustraerme del influjo de la botella, me invadía un horror indescriptible, sentía la muerte junto a mí, notaba en mi piel su frío contacto y me veía dominado por constantes temblores, y de nuevo me acercaba a la botella y miraba en su interior, desapareciendo al instante todos aquellos síntomas. Desde luego, sabía que iba a morir, pero no me aterrorizaba la idea, simplemente me sentía ya muerto y sólo la contemplación de aquella calavera en el interior de la botella me revelaba —no se por qué razón—, que aún vivía.

Cuando mi debilidad se hizo patente y dolorosa y desapareció toda esperanza de salvación, comencé a escribir este relato, que espero sirva de advertencia a otras personas.

Al tercer día fui testigo de la regeneración de aquel cráneo. En efecto, con estupor, comprobé que en una de sus cuencas había surgido un ojo, que me miraba con fijeza desde su blancuzca pupila.

Después los pómulos se cubrieron de carne amarillenta a la vez que los dientes aparecían uno a uno en su mandíbula. Finalmente apareció el otro ojo ocupando lo que antes fuera una cuenca vacía y lentamente creció el cabello sobre aquel pelado cráneo. Y ahora veo horrorizado que la carne adquiere tintes rosados, creando unas facciones que me son muy familiares. Presiento lo que va a suceder, mis huesudas manos palpan mi rostro sin encontrar piel, carne o músculos, solo hueso, mis dedos penetran con facili-

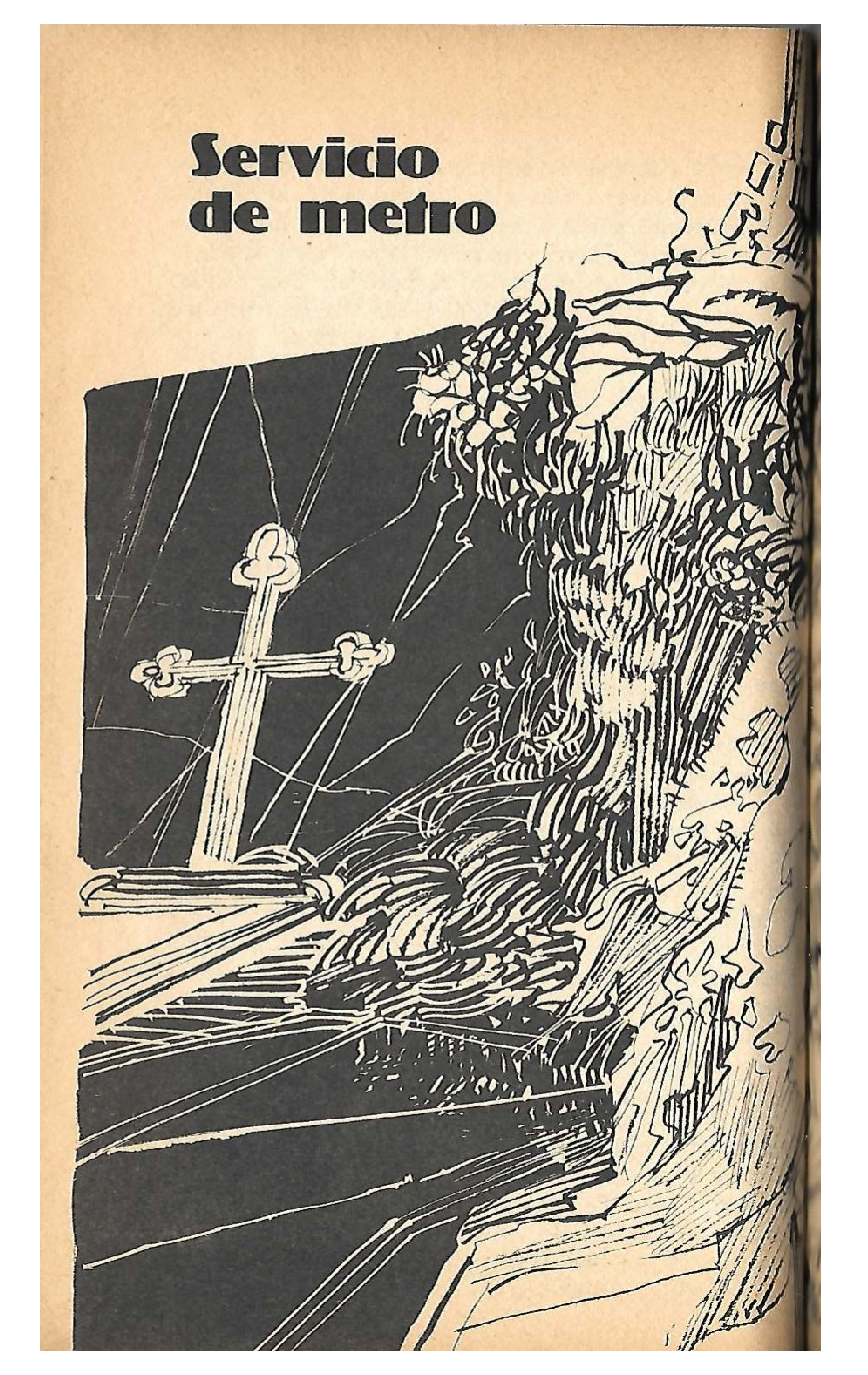
dad en las cuencas vacías de mis ojos... Ahora mi rostro es la calavera que antes estuviera en la botella, apenas puedo pensar, me siento atrapado dentro de la botella, me diluyo y toda mi alma es encarcelada por los cristalinos muros de la botella... sólo puedo recordar las palabras del monje: «La botella volverá a mí... la botella volverá... volverá... volv...»

* * *

Meses después las autoridades llegaron al mísero caserón. Tras registrarlo, encontraron en una de las habitaciones un esqueleto que parecía agarrar algo, sin embargo, allí, entre sus dedos, no había absolutamente nada; junto al esqueleto hallaron un extraño relato acerca de una botella de color verde traida de un imaginario templo tibetano. No encontraron ninguna botella de estas características y atribuyeron la muerte de aquel hombre a la demencia, al aislamiento a que se había sometido a sí mismo o a alguna fiebre contraída en uno de sus viajes. Posteriormente el forense determinó que aquel esqueleto era el de Danilo Barutzzi.

Sin embargo, yo, Edgar Shatelthon no creí tan torpes explicaciones y busqué el templo que él menciona en su escrito. Sin poder explicarme cómo, encontré el templo y me llevé conmigo la botella pese a las advertencias del gran lama. Lo que he visto en su interior explica las incongruentes ideas y frases escritas por Danilo: sumergidos en una nebulosa atmósfera se pueden contemplar decenas de rostros que parecen, por algún efecto óptico, tener vida; dominándolos se aparece una gran calavera y debido sin duda al material y la forma de la botella parece como si se escucharan lamentos desde el interior de la botella. Si a esto unimos el enfermizo temperamento de Danilo, el enigma queda resuelto. Curiosamente entre los rostros me parece distinguir uno de facciones similares a las de Danilo; parece como si la calavera me mirase, no sé por qué, pero no puedo apartar mis ojos de ella... Sospecho que comienza a atraparme con su mirada burlona...

Servicio de metro





Servicio de metro

Alfonso Alvarez Villar

Perdió el último servicio suburbano y se adentró en una pesadilla de túneles vacíos, de vías muertas que entretejían una perpleja red de araña...



HABÍA bebido demasiado. Cuando cerraba los ojos veía un desagradable carrusel de colores.

Intentó caminar erguido. Diez metros, veinte metros. Se agarró disimuladamente a un farol. El chivato de un taxi lució en una esquina como un pippermint al fuego de la lumbre.

—¡Taxi! ¡Taxi!

—Lo siento, señor. No está usted en condiciones.

Masculló una blasfemia y cerró la puerta con ira.

A pocos pasos de él, abría su boca como una iguana nocturna, el metro. La reja no había sido cerrada del todo.

Manaba un hálito de enfermo febril.

Descendió las escaleras y corrió la reja los suficientes centímetros para poder pasar.

Las taquillas estaban desiertas. Rió.

—¡Es la primera vez que dejo de pagar!

Su risa de beodo retumbó en los pasillos abovedados.

—Quizá pueda coger el último tren.

Y, lentamente, fue recorriendo los pasadizos cubiertos de billetes usados hasta llegar al andén.

La luz fluorescente no había sido desconectada. En

la entrada del túnel lucían los pilotos verdes. La cabina del jefe de estación estaba aún ocupada por un hombrecillo de barba roja que se restregaba los párpados.

—Lo siento, ya no hay servicio. Fíjese en la hora. Tendrá que salir por donde entró —musitó medio dormido al ver al viajero.

Luego, sacó un manojo de llaves, cerró la cabina y se introdujo en los lavabos.

Deshizo el trayecto recorrido. Pero una mano desconocida había limpiado los pasillos. Las taquillas seguían vacías.

Introdujo su cabeza por el enrejado de acero, hacia el inmenso témpano de la noche. Alguien había cerrado la puerta, durante esos minutos que trascurrieron mientras él tanteaba los accesos al andén.

Una mano helada pasó una bayeta sobre su cerebro alcoholizado.

Consideró, serenamente, su situación. Podía pedir socorro desde la puerta en cuyo caso vendrían la Policía, los bomberos, y sabe Dios quien más. Al día siguiente, aparecería una nota periodística hablando del «hombre atrapado en el metro». Y a él no le interesaba que ciertas personas se enteraran de su presencia en aquella ciudad.

O podía, en caso contrario, dormir cómodamente estirado sobre uno de los asientos del andén. Faltaban sólo cinco horas para que abriesen y se reanudaran los servicios del metro. No sería el primero que durmiese allí.

Se decidió por esta segunda alternativa.

Volvió a la estación. Ahora las luces eran más ténues. Los raíles brillaban como venas de un gigante antediluviano.

Se estremeció: en uno de los bancos parecía cabecear un hombre.

—Otro borracho como yo —reflexionó.

Una andrajosa gabardina le cubría desde el cuello a los pies. Un sombrero de fieltro le tapaba las facciones.

Se acercó con cautela. Aquel individuo no daba señales de vida.

Miró sus manos y un alarido fue recorriendo como un ave nictálope, túnel tras túnel, hasta morir en las cavernas del silencio. ¡Una mano verde, por la putrefacción cadavérica, se apoyaba en las páginas amarillentas y sobadas de un periódico!

Una ola de pánico entró de lleno por los portillos de su inteligencia ¿Cómo podía explicarse la presencia de aquel cadáver en un andén de metro en el cual hacía unos minutos no había nadie? ¿Lo había colocado allí, el Jefe de Estación aprovechando la momentánea ausencia de él?

Una cosa era segura: había que abandonar aquella estación.

Bajó de un salto a las vías. Se introdujo en el túnel más próximo. El piloto había virado del verde al rojo. Parecía un coágulo de sangre. Cuando él atravesó el umbral, comenzó a guiñar del rojo al amarillo como si hubiera detectado su presencia.

El túnel era largo como una agonía. En el fondo aparecía y desaparecía un puntito azulado. Oyó sobre su cabeza el trepidar de un camión y esto le hizo sentirse reconfortado. Por encima de él, a pocos metros, planeaba el mundo de la realidad. Aquí abajo reinaba la pesadilla.

Se iba guiando por los travesaños de los rieles. Caminaba despacio para no tropezar. Poco a poco, la mancha azulada se agrandaba.

Miró hacia atrás y estuvo a punto de caerse: sobre el fondo amarillento azulado de la estación que acababa de abandonar, se perfilaba un cuerpo humano que avanzaba en su misma dirección.

Sintió, de nuevo, las emboladas cardíacas del terror. Aceleró jadeante. Las últimas gotas de alcohol de su organismo había ardido en la hoguera del miedo.

La salida del túnel, era ya plenamente visible. Hizo un esfuerzo supremo y corrió hacia ella. Allí, en la nueva estación, había, por lo menos, luz.

Trepó por una escalerilla de piedra hacia el andén. Se refugió detrás de una puerta giratoria y oteó desde esa altura, a través de la mirilla de la puerta semicerrada, el negro hondón de la ferropista.

Pasaron unos minutos, que se deslizaron como caracoles. Tenía aún la esperanza de encontrarse con un vigilante de la Compañía o un obrero rezagado.

Pero sus esperanzas quedaron fustradas. «Aquello» que ahora entraba bajo las luces mortecinas del andén, no era humano. Se oía un jadeo gutural, una risa de pianos desvencijados, un estertor de bestia herida.

Aguzó la vista, tras su parapeto de hierro, y se le puso la carne de gallina: una inmunda calavera, cubierta de piltrafas de carne y grumos de tierra, asomaba por encima del borde del andén. ¡Con el sombrero del cadáver que él acababa de descubrir en la estación anterior!

Aquella presencia horrenda, al pasar frente a su escondrijo, volvió la cabeza durante unos instantes. Sintió sobre sus ojos el zarpazo de las cuencas vacías y una onda explosiva de odio le sacudió el abdomen.

Estuvo a punto de salir corriendo, vociferando como un poseso, pero se contuvo. El cadáver viviente, siguió su lento camino con un terrible entrechocar de fémures. Seguramente, tenía una misión más urgente que cumplir.

Volvió a reflexionar. Había que salir de aquella red subterránea. No estaba dispuesto a sufrir un encuentro con aquella criatura u otra similar.

Encendió un cigarrillo. Esto le calmó un poco.

Aquella estación servía de empalme a otro trayecto. Recordaba que, al final de él, el túnel emergía a un almacén de material. Todo era cuestión de andar unos tres kilómetros por túneles y estaciones intermedias.

Localizó el otro andén. Y, justo cuando descendía a la ferropista, se apagaron las luces. Sólo quedaron encendidos los pilotos de los túneles.

Comenzó la caminata en una obscuridad casi total. A veces una rejilla benemérita le volvía a poner en

contacto con la ciudad. En caso de duda, encendía el mechero que dibujaba sombras fantasmales en las paredes de los túneles.

Desfilaban las estaciones vacías. Sus ojos se habían habituado a la oscuridad. Creía percibir el brillo opalino de los esmaltes que anunciaban el nombre de la estación, el reflejo de los cristales de la cabina de control, las entradas de los pasillos.

Contó ocho, diez, pilotos. Había recorrido ya cinco estaciones. Debía hallarse ya muy próximo al final del trayecto.

Se sentó un momento para descansar. Tenía la camisa empapada de sudor, le dolían los tobillos, le martilleaban las sienes...

—Todo esto no ha sido más que una pesadilla. O quizá los primeros síntomas de un *delirium tremens* —pensó.

Una racha de aire helado se le introdujo debajo del abrigo. Y le pareció una caricia amorosa. Había que caminar hacia donde soplaba el viento de aquella noche invernal.

No tuvo que atravesar ninguna otra estación. Tras un recodo aparecía la claridad lechosa de la luna llena. La ferropista subía lentamente hacia la superficie.

Cruzó la entrada del túnel y se sintió decepcionado. No brillaban alrededor las luces de los edificios de la ciudad, no llegaba hasta allí el ruido tenue, pero real, del tráfico nocturno.

Estaba en pleno campo. Un bosquecillo de encinas temblaba de frío a su izquierda. A su derecha, se alzaban las vallas y los cipreses de un pequeño cementerio de pueblo. Delante de él, y sobre las vías que se ramificaban en abanico, vagones herrumbrosos, pilas de cables de acero, otros accesorios, y un tren que parecía en perfecto estado.

Se oían risas y voces tras los muros del cementerio.

—Posiblemente, una alegre reunión de vagabundos de ambos sexos —concluyó casi en voz alta.

En aquellos momentos, la compañía humana le era

imprescindible. Además, una especie de ansiosidad morbosa le empujaba hacia allí.

Las puertas del cementerio estaban abiertas. Entró no sin antes mirar hacia atrás. ¡Era imposible que hubiese andado tantos kilómetros! Pero las luces de la ciudad quedaban bastante lejos. Sólo alguna casa, perdida entre encinas o pinos, se destacaba a poca distancia.

A la luz de la luna consultó el reloj y volvió a sentir un escalofrío: habían pasado cuatro horas desde aquel momento fatídico en que decidió utilizar el metro. Sin duda alguna, los últimos vapores del alcohol le habían jugado una mala pasada.

Las voces y las risotadas provenían de una capilla semiderruida que se recortaba en el fondo del recinto. Destacaba entre ellas una voz de bajo profundo que hacía estremecer el aire y que helaba las carnes.

Dio la vuelta a la capilla y se aupó hasta una lucerna que emitía un brillo malo a la luz de la luna. Un ave nocturna emergió de un ciprés y le rozó los cabellos, emitiendo un lúgubre chillido.

Dentro, brillaba la luz de una hoguera. Las llamas no tenían un color natural, sino que eran de un azulado pálido, como si se estuviese quemando azufre. Poco a poco, fue acostumbrando su vista a los cambiantes perfiles de las figuras que se movían en torno de la hoguera.

No podía dar crédito a sus propios ojos: todos aquellos seres que hablaban en un lenguaje ininteligible y que se reían a pocos metros de él, no tenían apariencias humanas. Destacaba entre ellos un bulto gigantesco que proyectaba una sombra de macho cabrío. Era, sin lugar a dudas, el de la voz cavernosa. Los demás personajes poseían diferentes tamaños. Sus ojillos relucían como cristales de colores, algunos arrastraban una especie de cola, las cabezas y las facciones de todos pertenecían al reino del delirio.

Se oyó el chirrido de la puerta del cementerio y él se agazapó detrás de unas matas, al lado de un ángel

de caliza que imponía silencio con un dedo sobre los labios. La luna iluminaba los rostros de los recién llegados. Pudo reconocer al vagabundo de la estación de metro, con su sombrero raído, y otros más que entraron como zombies en la capilla. Se hizo un silencio, sólo turbado por el *cri-cri* de los grillos y el maullido de un gato distante.

Volvió a ocupar su puesto detrás de la lucerna.

Ahora se escuchaba como una salmodia en un lenguaje desconocido. Luego se oyó un grito agudísimo, el de una mujer. Se empinó sobre la lucerna y distinguió al fondo de la capilla una joven desnuda, que había sido atada a una columna. Las llamas del azufre, daban una apariencia cadavérica a su carne. Pero la chica estaba viva y pugnaba por zafarse de los muertos vivientes que intentaban arrastrarla hasta el altar.

Sintió deseos de salvarla pero el terror le había paralizado los músculos. Ya era un milagro que no le hubiesen descubierto.

Se oyeron nuevos alaridos y pudo percibir algo terrible, inmundo: los zombies estaban devorando a la muchacha.

Sintió náuseas y vomitó toda la cena sobre un seto de dalias. Había que escapar como fuese. Corrió hacia la puerta del cementerio.

Fue entonces cuando oyó a la voz de bajo profundo exclamar en un castellano correcto:

—¡Hay una presencia inoportuna muy cerca de nosotros! ¡Cogedle y traédmelo aquí!

Tenía delante de él los vagones destartalados, las pilas de piezas de repuestos. No se atrevía ni siquiera a mirar hacia atrás, pero sí escuchaba el ruido inconfundible de la hierba cuando es hollada por una multitud.

Entonces, pensó en el tren que esperaba en una vía muerta. Quizá tuviese las puertas cerradas, en cuyo caso más valía que se despidiera de la existencia.

La puerta de la cabina del conductor estaba cerrada. Propulsó el picaporte que se abrió con un

chasquido que le parecía, en aquellos momentos la mejor sinfonía del mundo.

Dio un salto e intentó reflexionar. Echó, primero, los cerrojos de la puerta exterior y de la que comunicaba con el primer vagón. Justo a tiempo. Porque unas manos monstruosas pretendían forzar los picaportes. Vió rostros de pesadilla, delante y al lado de él, bocas voraces que le señalaban como el próximo manjar.

Accionó las palancas de mando, teniendo presente que era muy probable que la corriente eléctrica estuviese desconectada.

Oyó abrirse y cerrarse puertas, sonó el aullido de la sirena. Por fin acertó en la palanca idónea y el tren se puso en marcha. Tuvo el presentimiento de haber atropellado a unos cuantos de aquellos monstruos. Pero los forcejeos continuaban en la puerta que daba acceso al primer vagón.

Aceleró al máximo, aún a sabiendas de que podría estrellarse. El tren se introdujo en el túnel y a partir de allí todo fue una algarabía de pilotos rojos y verdes, de estaciones que se iban sucediendo, unas a otras, de puntitos luminosos que se encendían y apagaban en las cabinas solitarias de los jefes de estación.

Encendió el mechero y consultó la hora. Quedaba muy poco para el amanecer. Muy pronto los empleados del metro, se incorporarían a su trabajo. Ya no estaría solo luchando contra aquella pesadilla. Todas las fuerzas de la Razón se enfrentarían, en un terreno propicio, contra las potencias del caos.

Sentía ahora en su frente una débil corriente de aire fresco. La línea de la aurora, como si fuese una cinta de neón, dibujaba un paisaje de una gran belleza natural. El conocía aquel paisaje. Se trataba del Parque del Norte que las vías del metropolitano atravesaban a ras de tierra.

No podía comprender cómo había llegado hasta allí, cuando lo más lógico era que se hubiese empotrado contra los pivotes de acero de una estación terminal. Pero allí estaban el Lago con sus cisnes que

comenzaban a desperezarse, los hierros del orfeón, los toboganes y los columpios de los niños.

Los golpes en la puerta de atrás habían cesado completamente, pero él prefirió permanecer encerrado en su cabina. Cayó, en un profundo sopor.

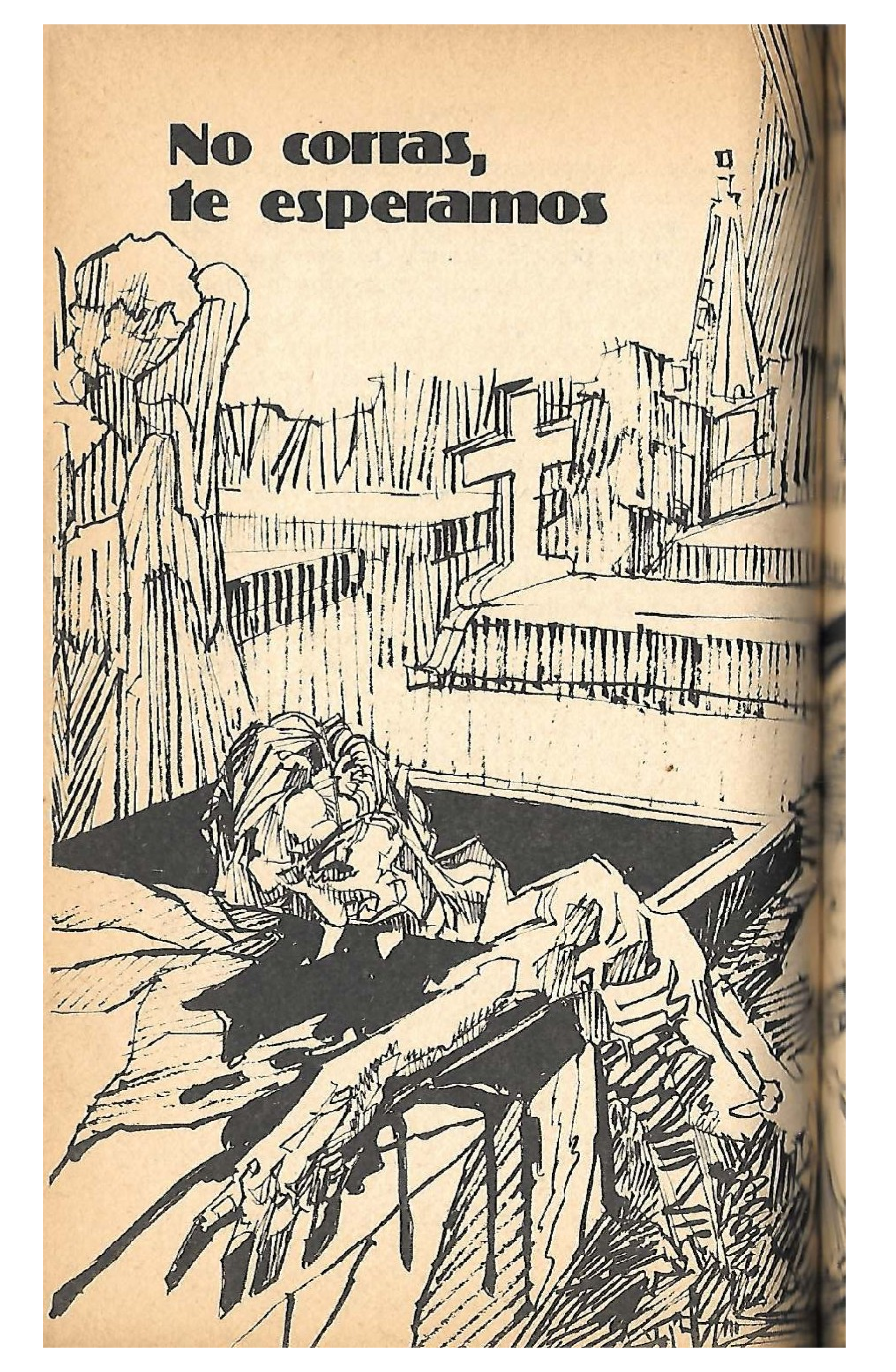
* * *

Varios policías y empleados del Metro le despertaron zarandeándole. No pudo responderles quien era él, ni por qué había conducido el tren hasta allí. Estaba loco, profundamente loco.

—Parece un estado final esquizofrénico —opinaron algunos médicos al explorarle por primera vez.

Pero lo que no pudieron explicar ellos ni los policías, ni ninguno de los que intervinieron en el caso, fue la presencia de un magma fétido que cubría el suelo del vagón abyacente a la cabina en donde él había permanecido encerrado

No corras, te esperamos

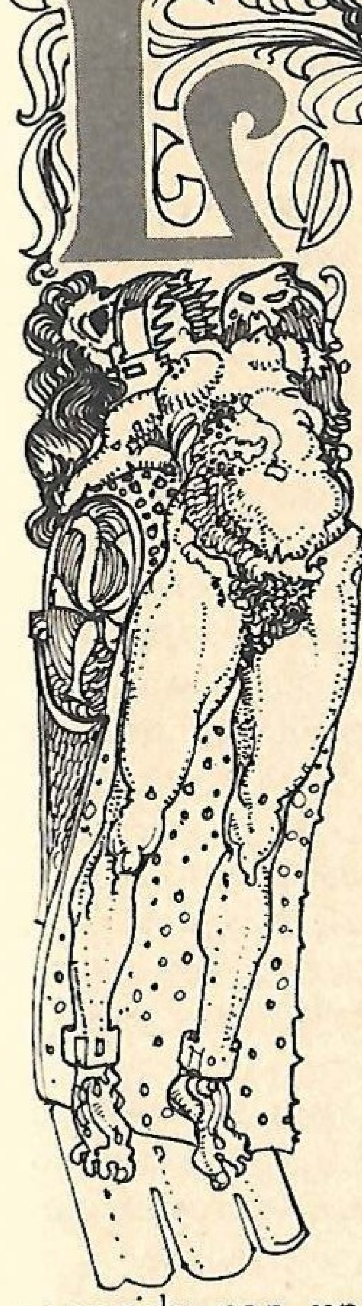




No corras, te esperamos

Miguel Costafreda

Desconfiad de los objetos de segunda mano, hacedlo igualmente si os equivocan con otra persona... Puede suceder que acabéis atrapados en un destino que no os estaba reservado.



LA rubia se acercó sigilosamente hacia el hombre que estaba sentado en un taburete de la barra. Se detuvo un momento, y despojándose de las gafas graduadas las guardó en el bolso. Acto seguido se atusó ligeramente el cabello y con un gesto reflejo se tiró de la faja asiéndola por encima de la estrecha falda. Levantó un brazo y dio dos golpecitos en el hombro del cliente.

—¡Sorpresa! —maulló melodiosamente.

El hombre se volvió con rapidez y las esbeltas piernas de la muchacha se arquearon ligeramente por efecto del desconcierto subsiguiente a la equivocación.

—¡Oh, no es usted! —balbució.

—Ya lo creo —repuso el desconocido con una sonrisa.

—Quiero decir que... ¡Oh, lo siento de veras! Lleva usted el mismo traje. Bueno, idéntico, y se ha sentado precisamente en ese taburete. No le he visto bien... sin gafas... No es que las use, pero quizá debería hacerlo, ¿no cree? —añadió en el colmo de la confusión.

—Cálmese, señorita, no tiene importancia. Pero,

puesto que llevo el mismo traje y me he sentado donde él suele hacerlo, ¿podría suplantar a su novio provisionalmente?

La rubia no se había repuesto todavía del chasco.

—No vaya a pensar que yo... Lo lamento de veras. Ha sido una confusión.

Dando media vuelta salió del local no sin antes tropezar con dos camareros.

Algunos clientes comentaron divertidos el incidente, y al cabo de unos instantes el local recuperó su aspecto habitual. Bruno pidió otra copa y continuó pensando en si debería o no comprar aquel coche de ocasión.

—Una verdadera lástima —comentó con el camarero aludiendo a la confusión de la rubia.

—Ha salido usted bien librado —dijo alguien a su lado.

Bruno se volvió para comprobar que quien se había expresado en aquellos términos era un caballero de aspecto respetable que se ocupaba en aplastar con la cucharilla una rodaja de limón en el fondo de su taza de té.

—¿Le parece a usted?

—Suponga —continuó su vecino de asiento— que esa muchacha hubiese sido una amante despechada y en vez de guardar sus gafas hubiera extraído de su bolso una pistola. Es posible que a estas horas yaciera usted cadáver.

—Viéndolo bajo ese punto de vista... —repuso Bruno fastidiado—. ¿Quién le dice a usted que lo que acaba de tomarse, y debido a una confusión del camarero, no es una taza de cianuro potásico?

—No seré yo quien contradiga tan acertado parecer. Confieso que este brebaje dignifica el sabor de los más acerbos venenos. Pero le ruego que no se indisponga conmigo por la observación que me he permitido. Por otra parte, puede que la lectura de las hojas de té me haya revelado algo referente a su personalidad o a su futuro —dijo el caballero removiendo el fondo de su taza.

—Permítame que lo dude —respondió Bruno.

—Muy cierto —continuó su vecino—. El uso de las bolsitas para contener el té es un invento tan disolvente, en mi opinión, como la pretensión de hallar pareja acudiendo a los buenos oficios de una computadora. Afortunadamente a ningún científico se le ha ocurrido todavía dar el nombre de «Celestina-2» a uno de esos infames cerebros mecánicos. ¿Me presta su mano? —añadió inopinadamente el caballero.

Bruno vaciló un momento antes de alargar su izquierda, que su contertulio estudió detenidamente.

—Creo recordar —manifestó el probable quiromante— que usted propuso a la señorita la suplantación momentánea del individuo a quien ella buscaba, basándose en fortuitas coincidencias de atuendo y situación. En términos generales —continuó—, nunca es aconsejable una sustitución de este género. Y mucho menos en su caso concreto —concluyó.

—¿Puedo saber por qué? —inquirió Bruno retirando su mano.

—Ni yo mismo lo sé —repuso el caballero—. Le haré partícipe, no obstante, de una anécdota de mi juventud. Cuando murió mi abuelo, debido exclusivamente a lo avanzado de su edad, mi abuela me condujo un día a su habitación, y abriendo un cajón de la cómoda sacó varias camisas que habían sido cortadas a medida, pero que el anciano no había tenido tiempo de estrenar. Me despojó de la que llevaba probándome una de las destinadas a su esposo, hecho lo cual tomó las medidas para reducir su hechura a la que convenía a mi contextura infantil. No puede usted imaginar la angustia que pasé el día en que estrené la primera de ellas: era como encontrarse en el lugar de un muerto y envuelto de algún modo en su sudario. Me parecía estar suplantando a mi abuelo, así que, ni corto ni perezoso, cogí las tres camisas y escabulléndome sigilosamente al jardín en la hora de la siesta hice un fuego y las quemé. Si señor... Una verdadera pira funeraria. Me sentí tan aliviado que ni la paliza posterior me dolió lo más mínimo.

—Muy curioso —concedió Bruno—. Pero ¿hay alguna relación entre este episodio y lo que ha sucedido hace un momento?

—El razonamiento y la lógica correctamente empleados, o la simple intuición a veces nos dan respuesta a infinidad de interrogantes incluso antes de que hayamos tenido tiempo de formularlas —sentenció el caballero—. Y añadió en tono amistoso: Pregunta usted demasiado. Hay en su mano algo que me ha llamado la atención. Eso es todo.

Bruno se miró las manos en busca de alguna seña particular, pero no pudo hallar nada significativo.

—Pero recuerde —insistió su vecino— que, según parece deducirse de la actuación de aquella muchacha rubia, no le corresponde a usted estar ahora ahí sentado. Ese taburete y ese traje, o uno como ése, estaban destinados a otra persona en un determinado momento de este día. Debería saber ya que el convertirse en héroe o en víctima, lo que al fin y al cabo son dos caras de la misma moneda, depende de que uno se encuentre en un lugar inadecuado en un momento inoportuno. Ha estado usted ocupando (inadvertidamente, desde luego) un espacio y un tiempo equivocados, y me temo que no va a ser ésta la última vez que lo haga a lo largo del día.

* * *

Bruno llegó de mal humor al lugar de venta de coches usados. Bajo decenas de banderitas multicolores que anunciaban la mercancía, se hallaban estacionados medio centenar de vehículos de todas clases. Buscó con la vista el Citroën verdoso y comprobó que continuaba allí. El dueño había mantenido su palabra de no venderlo hasta que él le diera una respuesta definitiva.

Un hombre bajito y regordete, dueño de una considerable cintura, se acercó esgrimiendo un puro en la diestra y un pañuelo en la mano izquierda con el que se enjugaba incesantemente el sudor que brotaba

de su frente. Debía de considerar que el llevar lazo de pajarita, a pesar del calor reinante, era consustancial con su profesión, porque lucía uno que oprimía sin compasión su obesa garganta.

—Le estaba esperando —exclamó el vendedor saliendo a su encuentro.

—Ya veo que sigue ahí —dijo Bruno.

—Desde luego. Prometí que se lo reservaría hasta conocer su última palabra, y Ramírez Hermanos cumple. ¿Quiere probarlo? Está completamente revisado y a punto.

—Si no tiene inconveniente voy a dar una vuelta —repuso Bruno.

—Por supuesto. ¿Me permite su carnet de identidad? Ya sabe, una simple formalidad.

Bruno entregó su documentación y se sentó al volante. Ajustó los espejos retrovisores y retrasó ligeramente el asiento. Cuando iniciaba la marcha, el vendedor le hizo un ademán para que se detuviera, y asomándose por la ventanilla contraria arrancó las fotografías situadas en el portarretratos del salpicadero. Bruno tuvo tiempo de ver el rostro de dos niños. La tercera fotografía debía de ser la de una mujer a juzgar por el fragmento que había quedado adherido al marco: los familiares del anterior propietario, sin duda. Bajo el portarretratos, ahora vacío, campeaba una leyenda que rezaba: «No corras, te esperamos». Bruno pensó que lo más adecuado, si se quedaba con el coche, era pedir a Sonia y a las gemelas sus fotografías en bikini y situarlas encima de tan piadoso y ambiguo lema. En efecto, pensaba mientras se dirigía hacia la salida bajo el techo de banderitas de colores, la divisa admitía diversas interpretaciones según el humor del conductor: «No te molestes en correr, al fin y al cabo en casa te esperan una persona neurótica y unos niños insoportables», o bien, «Te rogamos que no corras, tu amante esposa y tus queridos hijos te esperan impacientes, pero prefieren que llegues más tarde, aunque a salvo». Pero con el portarretratos vacío, alguien avezado, quizá el caballero del café,

hubiera interpretado el mensaje de este otro modo: «Es indiferente que corras o no, al fin y al cabo te estamos esperando desde hace tiempo y seríamos capaces de reconocerte incluso de espaldas. No te librarás de nosotros tan fácilmente».

De súbito, al ingresar en la calzada, un peatón se interpuso ante el coche y Bruno se vio obligado a frenar bruscamente para no atropellarlo. Ella volvió su rostro alarmada, y tras fijar sus ojos un instante en los de Bruno se desplomó delante del vehículo. Aunque estaba seguro de que ni siquiera la había rozado, Bruno descendió en el acto y se acercó a la mujer que yacía exánime sobre el pavimento. Arrodillándose a su lado la tomó en brazos y la introdujo en el coche intentando reanimarla con ligeros toques en las mejillas. Al cabo, ella abrió los ojos. Su rostro estaba muy pálido, y su mirada vidriosa se fue clarificando. Un momento más tarde su tez recuperaba el color, y sus labios exangües se fueron lentamente iluminando.

—Lo siento —musitó.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Bruno.

—He sido una tonta, cruzaba sin mirar —repuso ella.

—¿Se ha hecho daño?

La joven se incorporó ligeramente y se llevó la mano a la rodilla donde se apreciaba una leve excoriación.

—No parece importante, pero convendría desinfectarlo —dijo él—. ¿Me permite que la lleve a su casa?

Hubo un momento de silencio tras el cual la mujer movió la cabeza negativamente.

—Imagino que no quiere alarmar a los suyos. Mi casa está a dos calles de aquí. ¿Puedo pedirle que suba? —rogó Bruno—. No puedo permitir que se marche en este estado.

La muchacha se mordió levemente el labio inferior y contempló la calle a través del parabrisas

del vehículo. Después, sin fijar la vista en Bruno, movió la cabeza afirmativamente.

* * *

Cuando Bruno regresó del cuarto de baño con algodón y un antiséptico la joven se hallaba aún reclinada en el diván. Sus ojos, de pupilas clarísimas, no parecían fijarse en ningún objeto determinado. Al oír los pasos la muchacha volvió la cabeza hacia él, y Bruno experimentó la misma sensación que cuando, momentos antes de desmayarse, le había mirado por primera vez. Sus ojos, que a veces parecían ojos de ciego por su inmovilidad, eran una indefinible mezcla de turbiedad y transparencia: ojos como pozos umbríos de jardín, donde la grata frescura del brocal puede servir de asilo durante las horas de la siesta a insectos y alimañas de torturadas formas.

Se acercó a ella, y sentándose en el borde del diván humedeció un copo de algodón en antiséptico y lo aplicó a la herida de la rodilla. La mujer contrajo los párpados en un rictus de dolor y, apoyada como estaba sobre los codos, echó la cabeza hacia atrás. Bruno sintió que la cabellera de la muchacha rozaba su antebrazo, y advirtiendo la leve mueca de dolor en el rostro de ella sintió un deseo incontenible de apretar el algodón contra el rasguño. La muchacha se mordió los labios al notar la presión sobre la herida y entonces Bruno, sin dejar de oprimir la rodilla, inclinándose hacia la mujer, la besó apasionadamente. Sus labios eran suaves como el terciopelo; ardientes como las arenas del desierto y helados como el mármol de una lápida.

Tras unos instantes, la joven fue rechazándole con suavidad y se puso en pie. Se aproximó a una ventana entreabierta y buscó el reflejo de un cristal para arreglarse el cabello. Bruno permaneció sentado en el diván sosteniendo todavía el algodón humedecido.

—No quiero que saques una impresión equivocada —dijo. No he podido evitarlo.

La muchacha ladeó ligeramente la cabeza al oír su voz.

—Tengo que irme —repuso.

—¿Volveré a verte? —preguntó Bruno aproximándose a ella.

—Quizá.

—Ni siquiera conozco tu nombre.

Ella se volvió y Bruno sintió vértigo al contemplar la profundidad de su mirada. Sus labios se abrieron, y su voz llegó hasta los oídos de Bruno como a través de una insondable distancia.

—Me llamo Madeleine —dijo.

* * *

El Citroën verdoso rodaba por la autopista a una velocidad considerable; Bruno sonreía complacido al sentir que el vehículo respondía fielmente a sus menores deseos. Hundió el pie en el acelerador y el coche se lanzó hacia adelante como una flecha. Madeleine, sentada a su lado, aparecía pálida, y sus dedos acariciaban las letras que componían el lema del vacío portarretratos.

Bruno advirtió su gesto y moderó la velocidad dirigiendo el vehículo hacia el carril de la derecha. Los dedos de Madeleine recorrieron el salpicadero y con un movimiento rápido accionaron la palanca de las luces intermitentes. Bruno la miró de reojo.

—Es la siguiente desviación —dijo ella.

El motor rugió cuando Bruno redujo la velocidad. El coche abandonó la autopista y al cabo de unos instantes circulaba por una carretera de segundo orden. Transcurridos unos minutos Madeleine le rogó que se detuviera.

—¿Hemos llegado? —preguntó Bruno.

—Prefiero que nos despidamos aquí. El chalet está pasada esta curva.

Bruno detuvo el vehículo junto a una tapia que bordeaba la carretera y ambos descendieron.

—¿Te espera tu marido? —preguntó él bruscamente—. La muchacha denegó con la cabeza.

—¿Separada? —insistió Bruno mirando la alianza de oro—. Madeleine hizo un movimiento afirmativo.

Junto a la tapia que bordeaba la carretera Bruno la abrazó y pronunció la frase que nunca debió salir de sus labios:

—Déjame que ocupe su lugar. No te arrepentirás.

Desde lo alto de sus copas, los cipreses contemplaban el abrazo de los dos amantes junto a la tapia del pequeño cementerio. Madeleine tomó de la mano a Bruno y ambos entraron en el coche que se puso en marcha a los pocos instantes.

* * *

La luz eléctrica estaba cortada y tuvieron que alumbrarse con velas. Los muebles del chalet, ocultos bajo fundas blancas, semejaban fantasmas, y sus sombras se quebraban en las paredes al compás de las oscilaciones que algún soplo de aire imprimía a las llamas de las velas.

Ella tomó la iniciativa y condujo a Bruno al dormitorio. Una ráfaga de aire extinguió la llama de la bujía. La luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas y la blancura de las sábanas envolvieron el cuerpo de Madeleine cuando se recostó en el lecho. Su blancura era mil veces más intensa y desmayada que la del astro de la noche. Bruno se acostó a su lado y comenzó a acariciar aquella piel tersa como el mármol y bruñida como la plata.

—Madeleine —musitó leyendo su nombre en la medalla que pendía de su cuello—, Madeleine.

En cierto momento ella se incorporó en el lecho y dirigió su vista hacia un lugar determinado de la estancia. Levantándose, se aproximó con suaves movimientos de animal nocturno hasta un armario situado frente a la cama y abrió una de sus puertas.

—Ven —dijo la muchacha—. Bruno se acercó y besó su hombro desnudo.

De pie, junto al armario, Madeleine se volvió hacia Bruno y con manos expertas fue franqueando hebillas y botonaduras. Cuando terminó su tarea introdujo una mano en el armario y, extrayendo una prenda de vestir, pidió:

—Póntela.

Bruno esbozó una sonrisa y vistió la camisa que ella le tendía. La muchacha continuó buscando.

—Este traje —rogó.

Bruno apartó suavemente las prendas que ella le ofrecía e intentó abrazarla.

—Por favor —suplicó Madeleine—. Así será mucho más fácil.

—¿Es necesario?

Ella afirmó con la cabeza y dijo:

—Si como afirmaste has de ocupar su puesto te ruego que accedas a mis deseos. ¡He esperado tanto tiempo!...

Siguiendo las instrucciones de Madeleine, Bruno abandonó la estancia cuando se hubo vestido por completo. Ante la puerta del dormitorio anudó la corbata de seda en torno a su cuello y se caló el sombrero de fieltro. Acto seguido golpeó dos veces la madera con el dorso de la mano. «Adelante», se oyó. Bruno abrió la puerta y penetró en la estancia. Madeleine yacía en el lecho cubierta con una sábana. La luz de la luna delineaba su figura marmórea, y sus ojos eran visibles en la penumbra azulina.

—¡Cariño! —exclamó Madeleine abandonando el lecho y corriendo hacia él—. ¡Cuánto has tardado, amor mío! ¡No vuelvas a dejarme nunca! ¡Nunca!

Los brazos de Madeleine se abrieron para acogerle, y Bruno navegó en ella durante toda la noche como por un inmenso río, impetuoso y salvaje en ocasiones, remansado y dulcísimo en otras.

Ya cerca del amanecer arribaron a la última playa y Bruno fue durmiéndose mientras se desvanecían las olas postreras.

* * *

De súbito el anciano caballero del café apareció delante del coche y levantando su mano intentó mostrar algo. Durante una décima de segundo Bruno pudo ver que lo que el anciano sostenía era una cadenita de la que pendía una medalla con un nombre: MADELEINE. Por más que apretó desesperadamente el pedal del freno, la colisión resultó inevitable. Se oyó un golpe sordo y a continuación el vehículo se bamboleó cuando las ruedas delanteras pasaron sobre el cuerpo del infortunado caballero. Bruno estrujó el volante entre sus manos y lanzó un grito desesperado.

* * *

Se incorporó respirando agitadamente y con el corazón latiéndole como si quisiera escaparse de su pecho. Todo su cuerpo estaba cubierto de sudor. Procuró tranquilizarse y momentos después advirtió que estaba solo en la cama. Llamó a Madeleine, pero no obtuvo respuesta.

Apartó las sábanas y recorrió la casa desde el piso alto hasta el sótano sin encontrar rastro de la muchacha. En un rincón del dormitorio había un envoltorio con sus ropas, pero cuando comenzó a vestirse advirtió que todas sus prendas estaban salvajemente desgarradas, absolutamente inservibles. Lanzando una maldición se aproximó a la butaca en la que yacían las ropas que Madeleine le invitara a usar la noche anterior y se vistió con ellas. Afortunadamente le caían casi como a la medida. Hubiera podido decirse que le pertenecían si no fuera porque la línea de la chaqueta estaba un poco pasada de moda.

De pronto recordó que no había devuelto el coche a la tienda de vehículos de ocasión. Todo había sido tan irreal y obsesivo que hasta aquel momento no se le había pasado por la imaginación que el Citroën todavía no era suyo. Como Madeleine no aparecía, dejó una nota sobre la mesilla de noche y abandonó la casa.

Dejó atrás el pequeño cementerio, pasó junto al

bosque de encinas y entró en la autopista pisando a fondo el acelerador. Aquélla era la última oportunidad para probar el coche antes de tomar una decisión respecto a su compra.

Mientras conducía por el carril central rememoró los acontecimientos de la noche anterior. Por su imaginación desfiló una película de imágenes aceleradas. Vio a Madeleine desmayada ante el coche, la curación de la pequeña herida, el beso bajo la sombra de los cipreses al lado de la carretera, la densa noche de amor y, finalmente, se le representó la pesadilla en la que atropellaba al anciano.

Súbitamente una ráfaga de luz pasó por su cerebro. Volvió a rememorar el sueño. Vio la medalla en torno al cuello de la muchacha y la vio en la mano del anciano. La mano del caballero se hacía más cercana y la inscripción de la medalla resonaba cada vez con más intensidad en su imaginación: ¡MADELEINE, MADELEINE, MADELEINE!

De pronto sus ojos se dirigieron hacia la derecha del salpicadero, allí donde estaba atornillado el portarretratos. Bruno comprendió con la velocidad del rayo que en aquel pequeño marco residía la clave de su pesadilla.

Sin apartar la vista de la carretera, tanteó con la mano hasta que logró arrancar el fragmento fotográfico. Lo aproximó a sus ojos y advirtió que le temblaban las manos. Cuando fijó su vista sobre aquella partícula de papel le fallaron las fuerzas y el coche derrapó hacia la derecha. Se oyó el sonido de varios cláxones. y Bruno consiguió a duras penas detener el coche en el arcén. El fragmento de fotografía mostraba los hombros y parte del cuello de una mujer. En torno a su garganta colgaba una medalla en la que, esforzando mucho la vista, se podía leer: MADELEINE.

* * *

Tras excusarse con el vendedor de vehículos de ocasión, Bruno recuperó su documentación y compró

el coche. No sabiendo cómo empezar hizo una alusión al portarretratos del salpicadero.

—¿Quiere que lo desatornille? —preguntó el más obeso de los hermanos Ramírez—. Hay personas a las que no les gusta llevarlo.

Bruno denegó el ofrecimiento y llevó la conversación hasta los límites en que la solicitud de una información acerca de los anteriores propietarios del vehículo no pudiera tomarse como una muestra de desconfianza, pero el vendedor se cerró en banda y no se dio por enterado ante las preguntas de Bruno.

Cuando abandonaba el establecimiento, un empleado que había estado limpiando el parabrisas durante la operación de venta, y que seguramente había escuchado parte de la conversación, hizo una seña a Bruno que detuvo el vehículo.

—¿Preguntaba usted por el dueño anterior? —inquirió el muchacho deseoso seguramente de ganarse una propina—. Al jefe no le gusta dar informaciones, sobre todo cuando no son alegres.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, nada, nada. Como el jefe me vea voy a ganarme una bronca.

—Está bien —dijo Bruno depositando un billete en la mano del muchacho—. Me interesaría hablar con el dueño anterior.

—Eso no va a ser fácil. El caballero en cuestión se arrojó hace algún tiempo desde un décimo piso.

—¿Y su esposa? —preguntó ansiosamente Bruno.

—Bueno, verá. Vino en las páginas de los sucesos. Yo lo leí en cuanto me di cuenta de que el coche era éste. Lo trajeron hecho una verdadera pena.

—¿Y ella? —insistió Bruno.

—Los niños murieron en el acto, pero la señora sobrevivió dos días al accidente. De todas formas casi fue mejor así: la pobre hubiera quedado ciega.

—Madeleine —suspiró Bruno.

—Creo que se llamaba así, era un nombre extranjero. Verá usted: la culpa fue del marido que iba borracho como una cuba, y lo que son las cosas —con-

tinuó—, él fue quien salió mejor librado. A los dos meses ya estaba bien, pero se conoce que le remordía la conciencia porque, como le dije antes, poco tiempo después se suicidó. Y ni siquiera le enterraron en lugar sagrado.

* * *

El potente motor del Citroën rugía impulsando al vehículo a ciento treinta por el carril destinado a adelantamientos. Bruno insertó la quinta velocidad y notó cómo su cuerpo se hundía en el respaldo del asiento. «Madeleine», repetía incesantemente. El portarretrato vacío semejaba un triple ojo mirando sin ver desde el salpicadero. *«No corras, te esperamos». «Es inútil que corras, te estamos esperando». «Resulta vano que corras, al fin y al cabo, porque tú lo has querido, te esperamos».*

Al llegar a la desviación, Bruno dejó la autopista y enfiló la carretera secundaria a una velocidad excesiva.

«Madeleine» —repetía—, «Madeleine».

Con un gesto reflejo se deshizo el nudo de la corbata que arrojó por la ventanilla. Separando alternativamente las manos del volante, se despojó también de aquella chaqueta que no era suya, pero comprendió que ya todo era inútil. Aunque se deshiciera de todas las prendas estaba encerrado en aquel vehículo, ocupando el lugar del conductor, y aquel coche le apresaba rodeándole como el caparazón de un crustáceo.

En lontananza apareció la silueta de los cipreses tras la tapia blanca. El corazón de Bruno latía apresuradamente: al otro lado de la curva se encontraba el chalet.

Cerca ya de los árboles, hundió más el pie en el acelerador y el coche se lanzó a una vertiginosa carrera bamboleándose peligrosamente. Bruno afianzó las manos sobre el volante y procuró dominar la dirección.

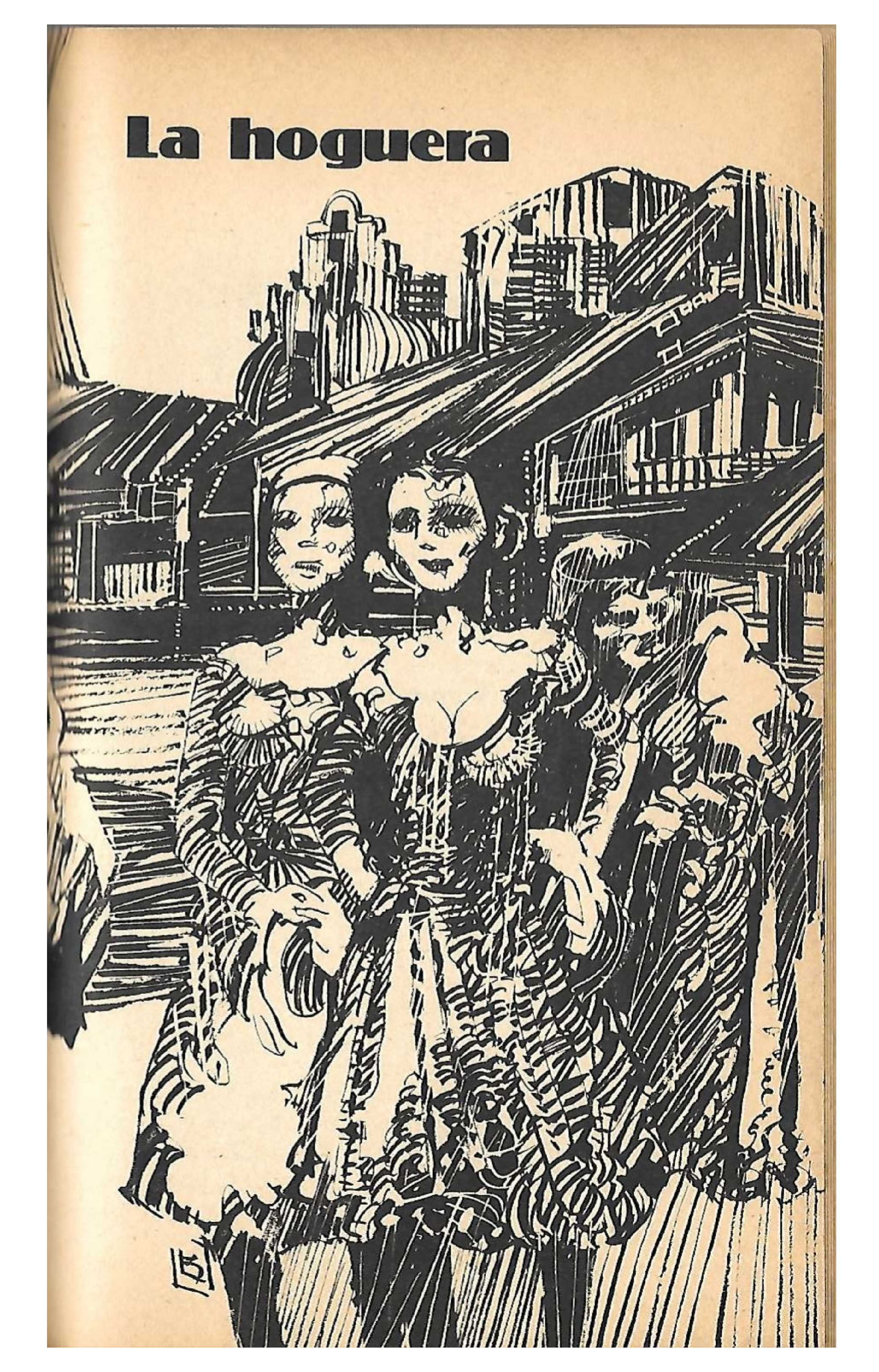
De pronto algo se movió en el asiento trasero. Unas manos pálidas fueron ascendiendo desde la oscuridad y engarfiaron los hombros de Bruno que dirigió sus desorbitados ojos hacia el espejo retrovisor. «¡Madeleine!» —exclamó con voz ahogada.

Desde insondables distancias llegó un sonido hueco, un concierto de huesos, palabras moduladas en gargantas vacías: «No corras, te esperamos»; «No seas impaciente, te estamos esperando. Es inútil».

Una de las manos se afianzó en su cuello y Bruno sintió que le faltaba el aire. La otra mano, pálida y descarnada, aferró el volante con tal fuerza que Bruno se sintió incapaz de manejarlo. En los esfuerzos por liberarse de aquella monstruosa opresión en el cuello, Bruno estiró las piernas, y el automóvil adquirió en segundos el límite de su velocidad. La garra no cedió, y la tapia blanca del pequeño cementerio se aproximó vertiginosamente. El choque fue tan brutal que el Citroën verdoso de segunda mano quedó literalmente aplastado bajo la fresca sombra de los cipreses. El cuerpo de Bruno salió despedido con tal fuerza que fue encontrado más tarde a muchos metros de distancia, desmadejado y en una extraña postura. Como si abrazara la lápida de una de las tumbas. Precisamente la de una tal Madeleine...



La hoguera



La hoguera

Fernando Martín Iniesta

«Pero las llamas se levantaron voraces y no se oyeron ya más que gritos.»

J. Michelet

A Braulio y a Chelo



LOS tibios faroles, balanceándose en las rudas manos de los limosneros, arañaban las últimas sombras de la noche. Las plañideras, enlutadas, con las cabezas ocultas bajo los negros mantos, gemían con un sonsonete de ultratumba: «Una limosna, hermano, por el alma de la que van a ajusticiar.» La campanilla rasgaba el arrastrar de los pasos en lúgubre comitiva.

En la plaza, los justicias del Santo Oficio vigilaban a los campesinos que arrastraban la leña para la hoguera, bajo el tronco izado que servía de patíbulo. Apenas faltaba una hora para el amanecer y ya las sombras silenciosas de los vecinos buscaban un sitio desde el que poder contemplar el auto de fe. Por las ventanas de las casas que circundaban la plaza Mayor cruzaban, de cuando en cuando, como furtivas luciérnagas las vacilantes llamas de los candiles.

Era la madrugada del veintitrés de marzo del Año de Gracia de mil y setecientos y treinta y uno, y nadie había podido dormir en el pueblo.

Asunta, en la mazmorra de los condenados a muerte y con la túnica del oprobio y de la maldición con que se cubrían los herejes, se acariciaba la gravi-

dez de su vientre, sintiendo las palpitaciones de aquel hijo que nunca nacería. Los ojos lejanos, perdida la mirada en un laberinto de dolor, asombro e incomprensión, vagaba enloquecida por los húmedos muros.

Fray Casto, con un largo rosario de cuentas hechas de huesos de aceitunas, susurraba, con el rostro hundido, los misterios del santo rosario.

Las campanas del cercano convento han ido quemando, hora tras hora, la larga agonía de Asunta.

Fray Casto interrumpe sus rezos. Ha pedido a Dios que le ayude, que encienda su palabra para convencer a aquella niña que declare que aquel hijo que aletea en su vientre es obra de varón.

—Asunta, hija mía, dentro de una hora...

No sabe como seguir. En su interior se libra una gran batalla: no se resigna a creer que aquel rostro enloquecido, aquel cuerpo torturado es el de una hereje. Cree que el miedo le hace callar, un horror al que no han sabido poner, en el otro platillo de la balanza, el infierno chirriante de la hoguera que aguarda.

—Asunta, hija mía, todavía puedes salvarte: basta con que firmes una confesión, con que...

Vuelve a descubrir, por centésima vez, que Asunta no le escucha, que no puede oírle. Una sorda desesperación le azota el cuerpo bajo el hábito. No compadece a la niña por el dolor que sabe casi infinito de ser quemada viva, sino por el eterno dolor de su condenación eterna.

En los fríos peldaños de las escaleras de piedra que conducen a la mazmorra hay dos bultos agazapados que sollozan. Bajo una raída y desilachada manta está Ruy Pérez, padre de Asunta. Un largo manto negro convierte en extraño animal a su madre. Al no ser por los sollozos, nadie diría que aquéllos son dos seres humanos. La voz de Ruy Pérez, acallando los llantos, entrecortada y rota, grita queriendo clavarse en las paredes:

—¡Somos nosotros, nosotros quienes la hemos condenado!... ¡Nunca debimos creerla!

—¡Asunta decía la verdad! —contesta la madre en un susurro.

A Ruy Pérez ya no le quedan fuerzas capaces de despertarle la ira. Fue la impotencia de su última declaración ante el Santo Oficio lo que le dejó exánime: «¡Somos cristianos viejos! Mi señor, el Gran Duque, sabe que mi padre y el padre de mi padre siempre le sirvieron como buenos cristianos». Y luego la incomprensible pregunta sobre si alguien en su familia tuvo alguna vez fama de brujería o de hacer mal de ojo...

La mujer, envejecida desde que todo aquello empezó, sabe por qué tenía que creer a Asunta: ella había cuidado de su pureza, cuidado siempre, desde su niñez. Fue ella la que nunca dejó a Asunta que saliese al campo cuando las bestias estaban en celo. Lo que otras muchachas de su edad habían conocido, Asunta lo ignoraba porque ella, su madre, había hecho todo lo posible por ocultárselo. Sabía, porque lo había oído de labios de predicadores, que la pureza era como el agua, que si se derramaba era imposible recogerla. Su madre, de vieja y trotaconventos, le había advertido y alertado en cómo debía educar a su hija. Tan escrupulosamente había seguido sus enseñanzas, que desde que a Asunta le llegaban aquellos días en que toda mujer se siente impura, cuidaba sus abluciones por si la limpieza era capaz de hacerle sentir placer y el demonio entraba con sus tentaciones en la hija. Nunca, nunca había hablado con ella de lo que eran los hombres y lo que los hombres solían pretender de las mujeres. Si algo sabía Asunta de estas cuestiones era que el demonio cogió forma de varón, pero con cuernos, para la condena eterna de las almas. Belcebú tenía figura de hombre, por lo que había que saber guardarse de ellos.

Asunta ha quedado con la mirada fija en el techo, el fraile cree advertir un instante de lucidez en sus ojos y busca esperanzado, aquella confesión que puede salvarla.

—Hija mía, de nada vale tu obstinación; aquel

hombre ha confesado. Ni siquiera fue capaz de soportar la presencia del potro... Seguir negando es inútil... ¡Confiesa!

Los labios de la muchacha se mueven queriendo decir algo, pero de su boca no sale un solo sonido. Una sonrisa estúpida iluminó sus facciones. El fraile se acerca hasta colocar su oído junto a los labios de la muchacha. Pese a querer oír, a adivinar lo que debe decir, no puede jurar, por su salvación eterna, que ha confesado... Un sonido se percibe. Son unas sílabas dichas con un profundo esfuerzo:

—¡Aaa-gua... aaa!

Le acerca una vasija de barro a la boca. Tiene que sujetársela, ya que la muchacha es incapaz del más pequeño movimiento. Al colocársela en la boca, la ansiedad le hace derramarla. El agua le resbala por la barbilla y el cuello hasta penetrarle en los senos, cuyas tersas formas descubre la frágil túnica. La tela, al mojarse, se le pega a la piel dejándola traslúcida. El fraile, ante esta visión, hace la señal de la Cruz, se retira a su asiento y vuelve a pasar, con nerviosos dedos, las cuentas del rosario.

* * *

La llegada del peregrino conmocionó al pueblo. Vestido de harapos, su larga barba, que le caía sobre el pecho, sus ojos negros y penetrantes y su robusto cuerpo le daban un aspecto místico y poderoso. Templada y armoniosa la voz, sin necesidad de alzarla, poseía un raro poder de convicción. Las comadres se deshicieron en lenguas y una leyenda de santo y curandero viajó hasta las aldeas más cercanas. Se instaló en una cueva sobre un montículo próximo al pueblo. Pese a andar con zurrón, bordón y caracola no mendigaba. Fueron las comadres las que, sin pedir, le llevaron manjares y viandas para su sustento. Y fue Teresa *la Chumascada,* mujer vestidora de santos, correveidile de sacristías y artesas, la primera en visitarle. Nunca contó de pelos y señales aquella es-

tancia en la cueva, pero volvió lozana y alegre y la vieron bajarse hasta el río a lavarse carnes y ropas, cosa que no era frecuente en sus costumbres, y aceitarse el moño, que le andaba suelto y desgreñado desde ya lejanos años de su infancia. Cuando fue preguntada, dijo:

—¡Es un santo! ¡Tiene todos los poderes de la santidad!

A los pocos días ya se le atribuían dotes de curandero y virtudes de casto varón. De los cortijos y aldeas fueron llegando gentes necesitadas de esperanza y salud. Ante la entrada de la cueva esperaban, pacientes, mujeres y niños para que les diese de beber agua, no siempre clara, de su calabaza, y el bálsamo de unas palabras en las que era parco y nada comprometido. A veces, ante la afluencia de gentes que esperaban, salía de su mísera morada, y con un gesto entre irónico y místico, levantando los brazos, imitando la postura de Jesucristo en la cruz, les decía:

—¿Qué esperáis de mí? ¡Sólo soy un pobre pecador!

Estas manifestaciones de humildad enardecían más y más a las sencillas gentes que le escuchaban y que se sentían sobrecogidas por su presencia.

Pocos eran los varones adultos que quedaban en el pueblo: sólo viejos y niños lo poblaban. Los hombres andaban por tercios y nuevos mundos a la caza de cuanto afanaren, y, aunque muchos no volvían o lo hacían tullidos, el envite del hambre era llamada difícil de no escuchar. Las mujeres labraban las escasas tierras de labor y el premio, a veces, después de todo un año de mirar al cielo en espera de las lluvias que no llegaban, era tan sólo de manos encallecidas y pies terrosos y agrietados. El pan, más de cebada y centeno que de trigo, se amasaba siempre con largos sudores.

Asunta, desde aquel año en que se había hecho mujer, andaba esmirriada de carnes, flaca de condición y con continuos dolores de riñones y cabeza. Los padres temían que cayese tísica o con otros males,

circunstancias en las que andaban duchos, ya que bajo tierra se pudrían sus otros cinco hijos. Asunta era la única que quedaba, y la madre, nunca se supo si por los muchos años o el poco comer, andaba seca para nuevos engendros.

Fue Teresa *la Chamuscada,* que al andar de los días se había vuelto cuidadora del peregrino y gobernanta de cuantos venían en su busca, quien habló a los padres de Asunta para que la llevaran hasta aquel hombre, por si la gracia que poseía pudiera sanar a la muchacha. Los padres, villanos de condición y de saberes, gustosos, accedieron a tal negocio.

Cuando Asunta estuvo frente al peregrino, éste, con un gesto no exento de solemnidad, indicó a los visitantes que salieran, quedándose a solas con ella. Los padres, ante la sonrisa de confianza que les transmitió Teresa *la Chamuscada,* obedecieron.

En la estancia sólo había un jergón de paja cubierto con una andrajosa manta, el mítico bordón del peregrino del que colgaba una cesta con frutas, queso y pan, y en el suelo una jarra que, más por el olor que despedía que por verse su interior, contenía vino.

El hombre miró fijamente a Asunta. Su mirada se encendió, creciéndole el brillo de los ojos mientras un imperceptible gesto agitó los labios por los que él pasó la lengua para calmarlos y humedecerlos. Era el tiempo de los calores y Asunta sólo vestía de saya y blusa, ambas prendas toscas y ligeras.

—Tengo que verte para sanarte. Quítate las ropas.

La muchacha permaneció quieta y muda. Pero no era el temor lo que la paralizaba, sino el respeto de hallarse ante un hombre del que se decían y contaban tantos prodigios.

—Tendré que hacerlo yo...

Con manos que vacilaban soltó el cordoncillo que ataba la blusa al cuello y con la ayuda de la muchacha que levantó los brazos, le sacó la prenda del cuerpo. Asunta trató de taparse con los brazos los incipientes pechos, pero la mirada, cada vez más penetrante del hombre, la detuvo. La saya cayó igualmente al suelo,

descubriendo unos muslos enflaquecidos de piel lechosa que transparentaba las carnes. Ante la visión, el hombre dudó un instante. Su mirada se tornó turbia y dijo:

—¿Quieres curarte?

—Sí —respondió la muchacha.

—Sólo será posible si el Santo Espíritu penetra en tu cuerpo...

—Sí —volvió a responder la muchacha.

—Pero nadie, nadie debe saber nunca cuanto suceda aquí. ¿Lo juras por tu salvación eterna?

La muchacha tembló ante el hecho de tener que jurar, pero los ojos alzados al cielo y el balbuceo del hombre, que ella interpretó como una oración, volvieron a tranquilizarla.

—Sí..., lo juro.

—El Santo Espíritu entrará en tu cuerpo, y cualquier cosa que después pueda suceder será obra suya... Si rompes el juramento, el fuego de la condenación eterna será tu castigo. Si lo respetas, sanarás...

Asunta afirmó con la cabeza. El peregrino bebió un largo trago de vino que le enrojeció las mejillas. Luego le ofreció a la muchacha que bebió sin vacilar.

—¿Más, debo beber más?

—Sí.

Un fuego reparador le agitó las entrañas, mientras las paredes de la cueva, el jergón de paja y hasta la figura de aquel hombre se desvanecieron en una niebla grata y alucinadora.

Cuando volvió junto a sus padres, sus mejillas estaban rosadas y ardientes, por lo que éstos creyeron eran los primeros síntomas de curación.

* * *

La noticia de que Asunta estaba preñada corrió entre los villanos y llegó a predios y aldeas cercanas. En un principio no extrañó demasiado, ya que cuando la romería del Santo, o en las noches de los tiempos de siegas y trillas, las mozas perdían honras y vergüen-

zas, que luego casi siempre eran reparadas por el santo matrimonio.

Cuantas veces fue preguntada Asunta sobre quién era el padre de su futuro hijo, afirmó el origen divino de su concepción. Era tanta la obstinación y la inocencia que la muchacha ponía en sus palabras que llegó a convencer a su madre. La buena mujer aseguraba que por aquellos días Asunta había permanecido a su lado constantemente, ya que vivían en las afueras de la aldea y nadie había aparecido por aquellos parajes. La visita al peregrino, si no había sido olvidada, ya que Asunta se recuperó rápidamente de sus dolencias, sí era impensable como causa de aquel suceso, ya que su fama de santidad había crecido por aquellos meses.

De las aldeas, de los campos, de las villas y de los pueblos la noticia de aquel milagro atrajo a gentes que querían pedir a Asunta gracia para sus cuitas y males.

Una mañana, cuando Teresa *la Chamuscada* fue hasta la cueva donde moraba aquel hombre, la encontró vacía. De sus pocos enseres sólo quedaba el jergón de paja. La marcha del peregrino dio, si ello era posible, mayor misterio y oscuridad al suceso de Asunta.

De boca en boca, deformada cada vez más, acrecentada por la ignorancia de los villanos, la historia de Asunta llegó a conocimiento del Santo Oficio, quien dispuso la marcha de jueces, teólogos y justicias hasta la aldea. El tribunal requirió a la muchacha, citó a testigos, recogió testimonios y llegó a la conclusión de hallarse ante un evidente delito de herejía. Para que Asunta confesase el origen humano de su preñez se recurrió al cura de la aldea, a los padres de la muchacha y a cuantos vecinos pudieran, por su prestigio y amistad, influir en su ánimo. Todo fue inútil: Asunta no reconocía que su preñez fuese obra de varón alguno. Hubo entonces que recurrir a la tortura. Atada al potro negó cuantas veces fue preguntada, hasta que perdió la conciencia y cayó en

desmayos. Ni la presencia de los verdugos, ni el dolor físico, horrible para su débil naturaleza, lograron mejor fortuna. Sólo cuando perdió el habla y los ojos ausentes y enloquecidos convencieron a los miembros del tribunal de lo inútil de su empleo, se dictó sentencia.

* * *

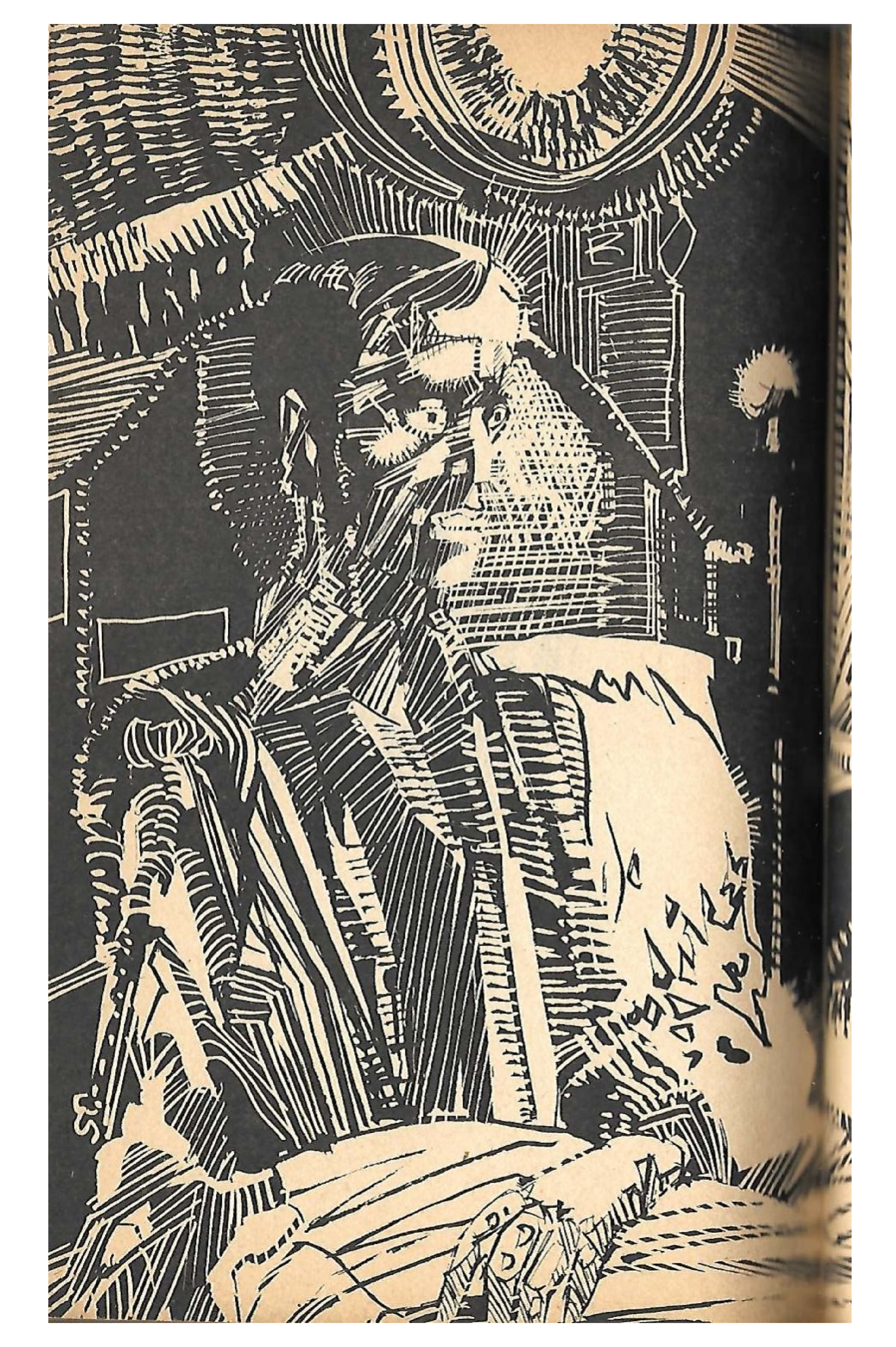
Asunta ríe. Es una extraña risa que le brota del fondo de su inconsciencia. El fraile se detiene en sus rezos. Comprende que todo debe consumarse. Por el ventanuco de la mazmorra se cuela una débil claridad. Pasos marciales y fatídicos bajan las escaleras. Las campanas de la iglesia, del convento, de la lejana ermita tocan a duelo. Caen las campanadas húmedas sobre el frío amanecer. Justicias y corchetes tienen que levantar a la muchacha, sujetarla y subirla hasta el gris portalón que da a la calle. Una multitud venida de no se sabe dónde, aguarda. Son gentes enlutadas, con los rostros bajos y las manos tersas. El silencio es sonoro. Asunta, subida a una carreta tirada por dos bueyes, se mantiene firme, parece no ver nada de cuanto la rodea. La comitiva se pone en marcha. Hasta la plaza pública hay apenas un centenar de varas. El chirrido de las ruedas se clava en oídos y conciencias. La plaza está abarrotada de sombras que gimen o suspiran. Tienen que volver a sujetar a Asunta y empujarla hasta el patíbulo. En el centro, un tronco sobre los haces de leña; atan a Asunta al tronco y, al apretar las cuerdas, un brazo cae desmayado y roto. Sogas sobre sus pies, piernas, muslos, caderas, pecho, brazos y cuello: sobre el cuello que se mantiene erguido hacia el cielo. El fraile le pone el crucifijo junto a la boca para que lo bese. El gesto de Asunta es indescifrable.

Un alguacil lee la sentencia para ejemplo del pueblo. Cuando cesa su monocorde voz, el juez del Alto Tribunal hace un gesto: soldados prenden los haces de leña. Las llamas chisporrotean y envuelven a la

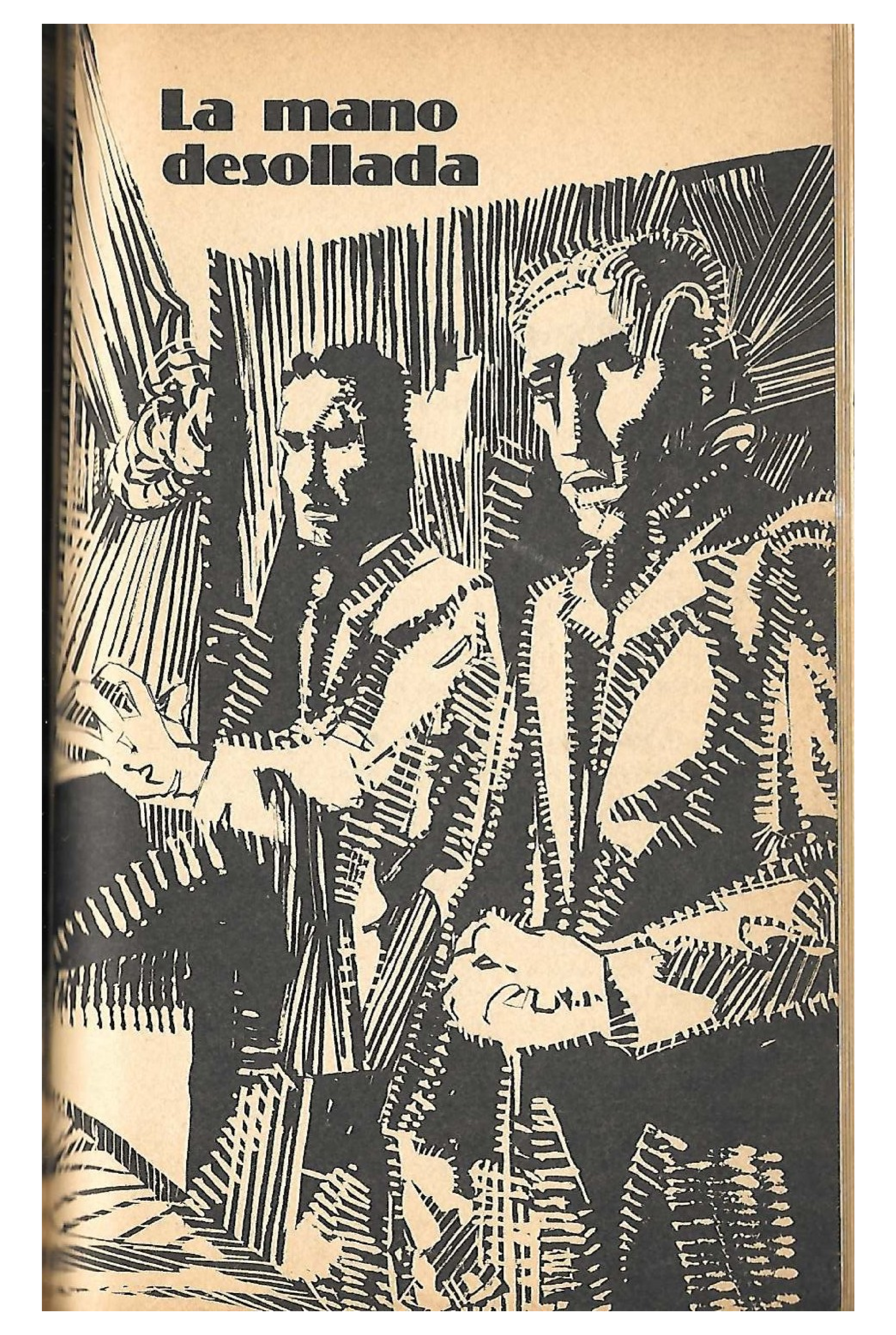
muchacha en un abrazo irreparable y finalmente alcanzan los harapos de la túnica de Asunta...

Un grito se clava en el amanecer. Un grito que en aquel silencio sepulcral parece el eco de una risa o el rugido de una bestia.





La mano desollada



La mano desollada

V. Rodríguez de Ayala

Sabía que aquella mano había pertenecido a un asesino, a un ser maldito, pero una poderosa fascinación le impedía desprenderse de ella.



LOUIS fue el último en incorporarse a la reunión. Pretendía llegar y sorprender a todos con su hallazgo. Estaba ansioso por mostrarlo y, sobre todo, por hacerlo en aquella fecha, durante un acontecimiento tan especial como el que estaban celebrando.

Cuando sonó el timbre de la puerta todos los presentes supieron con certeza que se trataba de él. Pero llegaba demasiado tarde, en opinión de muchos. Algunos pensaron que sería mejor no abrirle la puerta, castigarle haciéndole creer que ya todo había concluido. El whisky y el champán habían corrido con generosidad durante toda la tarde. El momento era propicio a la broma. Los brindis por la nueva licenciatura ya se habían celebrado con abundancia, pero finalmente decidieron dejar que se incorporáse a la fiesta, si estaba dispuesto a aceptar la broma.

El timbre había sonado ya por dos veces, cuando con todo sigilo alguien se ocupó de colocar una cuerda larga sobre el pestillo de la cerradura. Y, frente a la puerta, situaron una silla. La última ocurrencia fue la de atar un cojín a una escoba y vestirla, simulando un exótico fantasma. Aún dio tiempo a

improvisar y pintarrajear sobre el cojín, con trazos fluorescentes, una destartalada calavera.

Las luces se apagaron completamente cuando desde algún rincón alguien dijo «ya». Callaron las risas y susurros y se hizo un silencio total. Sonó el timbre por cuarta y por quinta vez. En un instante todos se situaron a cubierto, tras los muebles y tresillos de la estancia. Por fin, cuando Louis ya daba la espalda a la puerta y se ausentaba con inevitable desilusión, tiraron con todo cuidado de la cuerda, consiguiendo abrirla muy lentamente, arrancándole a los goznes unos chirridos espectaculares. Primero vieron cómo la sombra de Louis se aproximaba cautelosamente. Luego, le oyeron gritar:

—¡Eh!... ¿Qué pasa aquí?...

La puerta seguía abriéndose con todo sigilo, tirada a distancia por la cuerda.

—¡Eh, muchachos!... ¿Hay alguien?... Venga, dejaos de coña...

Los demás apenas si podían contener la risa. Pero Louis no tuvo tiempo siquiera de advertir el horripilante y malévolo gesto de la calavera. Cuando la puerta se hallaba completamente abierta, su cuerpo fue a dar precipitadamente con la silla y sus huesos rodaron por los suelos. Se le oyó aún gritar y forcejear extraña y sofocadamente con el bulto que se le había venido encima... Y en aquel preciso momento estallaron un sinfín de carcajadas.

Su última exclamación salió mascullada de su boca:

—¡Maldita sea!... —El cojín voló por los aires, víctima de un íntimo gesto de malhumor y de ira.

Por fin las luces fueron encendidas. Entonces comenzaron las mayores y más ofensivas risotadas, los cogotones y pedorretas, que Louis malamente encajaba. La broma fue motivo de todos los comentarios y, finalmente, Louis también participó de la risa, a la vez que compartía la bebida.

Fue después de una larga hora cuando Louis quiso resarcirse de todo aquello ante sus compañeros. Toda su ansiedad se había reprimido durante aquel tiempo.

Pero, finalmente, veía llegado el momento. Y del bolsillo de su chaqueta, con alguna dificultad, extrajo un envoltorio que escondía una mano horrenda, desollada. Era una mano ennegrecida, con uñas largas, amarillentas, los dedos finos y nervudos, como crispados, algo verdaderamente truculento y espeluznante, que sin embargo Louis acariciaba.

—¿A que no sabéis de qué se trata?

Se sentía seguro y orgulloso: había logrado de pronto la sensación de sorpresa que él buscaba. Aquella mano horripilante y asquerosa fue pasando entre todos sus compañeros, que la examinaban con curiosidad morbosa.

Uno de los presentes, escéptico, quiso romper aquella tensión inesperada diciendo:

—La has robado en la sala de anatomía.

—Has profanado una tumba y tenías previsto gastarnos una broma —dijo otro.

—Seguro que estaba perdida y disecada en algún rincón del depósito...

Contundente y satisfecho, Louis explicó:

—Es la mano de un famoso asesino. Conozco toda su historia...

—La mano de algún carnicero —interrumpió el escéptico.

—Más bien parece la mano de un legendario hechicero...

—¿No será la mano de un ratero al que cogieron con los dedos en la masa?...

—Muchachos, no seáis tan frívolos y no os riáis de lo que cuento. Es la mano de un famoso asesino muerto en el siglo XIX y perteneció durante mucho tiempo a un viejo nigromante. Después ha sido propiedad del profesor Priouret; sí del viejo Priouret, y ahora, ya veis, por arte de magia me pertenece... Pero aún puedo daros muchos más datos. Puedo deciros que el asesino en cuestión llevaba por nombre Samuel, que primero estranguló a su mujer, luego al amante de su mujer, al que lapidó en el interior de un pozo, y posteriormente se dedicó a sembrar el pá-

nico por las aldeas normandas, llegando a sumar más de una docena de estrangulamientos, especialmente entre jóvenes amantes y sarcásticos, a los que él odiaba.

Consiguió una espectación mayor de la que él mismo se imaginaba. Sin embargo, al cabo del rato comenzaron de nuevo las bromas y las risas, siendo ahora protagonista aquella horrible mano, seca y nervuda, sesgada, que parecía conservar aún vida.

—¿Y qué piensas hacer con ella? —le preguntaron.

—Voy a llevarla colgada al cuello, de amuleto, hasta que consiga mis primeros pacientes. No es un mal amuleto...

—¿Por qué no la utilizas de aldaba en tu puerta para ahuyentar a los acreedores?

—Mejor que la cuelgues en el retrete para tirar de la cadena, como si saludaras a alguien cada mañana —bromeó quien la tenía en sus manos ahora.

—Reíros, pero el viejo Priouret sé bien que le tenía mucho respeto. No sé que será capaz de hacer el viejo cuando se encuentre con la urna vacía.

Pierre, que medio dormía su sopor etílico y que se mostró taciturno desde la última hora, de pronto sentenció:

—Yo que tú me desprendía ahora mismo de esa horripilante mano. Más aún, a ese despojo asqueroso le daría cristiana sepultura, no vaya a suceder que ahora, lejos de su urna, quiera venir a recuperarla su antiguo dueño o ella misma quiera proseguir sus viejas hazañas...

Inmediatamente, la mano voló por los aires, pasando de uno a otro, entre juegos y risas, como queriendo ser una respuesta al abominable pensamiento de Pierre, que tuvo que tambalearse para cogerla en el aire cuando su turno le llegaba.

—Bueno, si así lo queréis, yo propongo un brindis por ella. Sí, un brindis.

Hubo revuelos y abucheos. Louis, que se sentía ya absoluto dueño de esa mano desollada, quiso recuperarla; pero Pierre lo impidió y alzando su copa,

puesto de pie, y mirándola, dijo en tono solemne:

—Si es verdad todo lo que nos cuentan, yo brindo por la posible visita de su antiguo dueño.

Y tras el exhorto o el brindis, nadie más hizo intención de proseguir el juego. Poco después, la reunión se dio por finalizada. Louis, con la máxima discreción, se hizo nuevamente con la mano y volvió a cubrirla con el antiguo envoltorio, hasta guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

* * *

Poco después de las diez de la mañana del día siguiente, Pierre, que había pasado una noche infernal debido a su descomunal borrachera, abría desmesuradamente los ojos cuando leía aquella noticia en la prensa matutina. Los titulares decían así: «Viejo profesor de medicina, hallado muerto en extrañas circunstancias.» Y la noticia se ampliaba de esta forma:

«En las primeras horas de la madrugada fue hallado muerto en su propio dormitorio el eminente profesor de la Facultad de Medicina D. Priouret, víctima de un extraño y supuesto atentado, que requerirá posteriores investigaciones de la policía. El anciano profesor presenta en su cuello huellas de un posible estrangulamiento, como si le hubieran aferrado cinco garfios en lugar de dedos. Sin embargo, según el forense, su muerte no se produjo por asfixia, sino por paralización coronaria. Su fiel y vieja sirvienta, única compañera de la casa, dice que percibió ruidos extraños procedentes de la habitación del doctor, que le parecieron síntomas de lucha, cuando se precipitó hasta dicha habitación sin encontrar rastro de nadie en la casa. El aspecto del insigne profesor, al parecer, según versiones de la policía era terrorífico: sus dedos estaban crispados y sus pupilas desmesuradamente abiertas, como si estuviera siendo víctima de un espectáculo horripilante. Pese a las declaraciones de la anciana sirvienta, en la habitación no se han advertido

mayores síntomas de lucha. Por supuesto, no existen otros indicios del crimen, ni tampoco se descarta la posibilidad de un paro cardíaco, que solamente hubiera sido producido por un espantoso miedo. Ampliaremos esta información en la edición vespertina.»

No podía dar crédito a lo que estaba leyendo. Tuvo que releer dos veces la noticia y hacer esfuerzos especiales por recordar el nombre completo del viejo profesor Priouret, quien les había dado el último curso de anatomía. ¿Y no procedía de su propia casa aquella mano desollada que Louis había llevado a la reunión la noche anterior? ¿Tendría aquello alguna relación con la triste noticia que aún no quería dar por creída?...

Descolgó el teléfono. Tuvo que ir asegurando uno tras otro, a todos sus compañeros, que no se trataba de ninguna broma. Que leyeran simplemente la prensa y se enterarían. Y él se sentía, ahora, de alguna forma responsable de la noticia. El, que había invocado al dueño de aquella mano infernal a que se hiciera presente, que le había provocado, en un brindis del que ahora sí que se arrepentía.

Antes del mediodía ya se habían reunido todos los amigos en el apartamento de Louis. Primeramente se habían cerciorado de si la mano seguía con él.

—Sí, aquí la tengo.

—¿Dónde?...

—¡Dónde!... Encima de un viejo aparador.

—¿Pero está donde la dejaste anoche? ¿No se ha movido de sitio, ni de postura?...

—Creo que no. Así la dejé yo anoche...

Ahora, todos reunidos, inquietos, preocupados y pensativos, dedicaban extrañas e interminables miradas a la mano, aquella mano desollada que guardaba el mismo aspecto de la noche anterior, pero que a ellos les parecía más espeluznante y nauseabunda.

—¿Y seguro que la mano ha estado ahí mismo toda la noche?

—Supongo que lo habrá estado: yo no he pasado la noche vigilándola.

—Te dije que lo mejor es que te deshicieras de ella...

—También fuiste tú quien brindó por su dueño. Yo insistía en que no debíamos tomarlo a risa. Se trata, realmente, de la mano de un asesino.

Desconcertados y víctimas de una pasividad extrema como estaban, alguien propuso tímidamente hacer algo, por lo menos dar cuenta de todo a la policía.

—Dar cuenta, ¿de qué? ¿De qué vamos a dar cuenta?...

—Pues de que tenemos la mano. De que la mano hasta ayer estaba en una urna, en la casa del viejo...

—Y de que luego hicimos un brindis y llamamos al espíritu de su dueño... ¡Claro, eso quieres que digamos a la policía! Para que nos manden a hacer puñetas...

Alguien más, haciendo acopio de sensatez, quiso plantear una pregunta que le parecía fundamental:

—¿Y por qué estamos relacionando la muerte del viejo con este desperdicio inmundo y asqueroso? Y no se atrevió a tocarla.

No hubo ninguna respuesta, pero íntimamente ninguno hubiera reconocido que al no darla encontraba con ello la serenidad.

Por último, todos estuvieron de acuerdo en que lo primero que debían de hacer, no obstante, era deshacerse de aquella mano negruzca, seca y horripilante cuanto antes. Después... esperar, esperar acaso que la policía llegara a sus definitivas conclusiones con respecto a la muerte del viejo profesor de anatomía.

—Yo no. Yo no estoy completamente de acuerdo —concluyó Louis—. Es más, yo creo que no debemos deshacernos de la mano tan simplemente, sino que tenemos la obligación de seguir su pista y acaso llevarla hasta su destino, el pueblecito normando donde aún estará la sepultura de aquel asesino llamado Samuel.

Pero ninguno más secundó a Louis en su propuesta.

* * *

Las noticias de la tarde no aportaron más claridad sobre las extrañas condiciones en que había muerto el insigne profesor Priouret. El forense se ratificaba en su tesis de que solamente en apariencia el viejo había sufrido un intento de estrangulamiento, pero realmente su muerte se había producido por miedo. Ningún indicio ni rastro iba a aportar más luz a la policía. La vieja sirvienta desvariaba y apenas si podía obtenerse de ella alguna confesión coherente. Hablaba de extraños ritos y creencias que el viejo profesor sostenía y que en la última época parecían haber reverdecido en él, provocándole algunos sobresaltos y miedos, ante los que ella siempre refunfuñaba, sin ningún resultado.

A altas horas de la madrugada sonó el teléfono de Pierre sobre la mesilla. No fue capaz de dominar un extraño sobresalto. Ahora el teléfono... Después de aquellos golpes persistentes en la puerta... que habían llegado a aterrorizarle.

Dejó que sonara, tratando de sobreponerse. Y finalmente, apenas había llevado el auricular a su oído, escuchó aquel susurro, como un quejido angustioso.

—¡Socorro, socorro!... Pierre... Me estrangula... ¡Socorro!...

No consiguió escuchar de nuevo la voz. Tenía que ser la voz de Louis. Pero él no respondía a sus gritos, a sus preguntas. Y no sabía cómo reaccionar. ¿Qué podía hacer ahora? Llamó a otro teléfono, se puso en contacto con otro compañero y le sorprendió que cogiera el aparato a la primera señal.

—Estaba despierto. No puedo dormir, chico... Durante un buen rato he estado escuchando golpes en la puerta... —le dijo no sin cierto desasosiego.

—Hay que ir a casa de Louis... —Como pudo le explicó el signo de aquella angustiosa llamada.

En el espacio de media hora, cuatro de los estudiantes se habían encontrado ante la casa de Louis, a la que subieron con todas las prevenciones. Se encontraron la puerta del apartamento abierta, cuidadosamente abierta. Y penetraron hasta el fondo. Había

luz. En la habitación interior, sobre la cama, estaba el amigo Louis, completamente desencajado, fuera de sí, los brazos crispados y con una mirada espeluznante que helaba.

De poco sirvieron las preguntas. Louis apenas respondía. Era víctima, sin duda, de un gran *shock* y durante un buen rato trataron de reanimarle.

—¿Y la mano?... No está donde ayer estaba —se preguntaron.

Revolvieron todo con la mirada, sin encontrar rastro alguno de aquella malévola y satánica mano. Los cuatro estudiantes se miraban estupefactos, sin atreverse a emitir opinión alguna. ¿Qué podía pensarse de todo aquello?... ¿Qué estaba ocurriendo desde el momento en que aquella maldita mano había llegado hasta ellos?... En todas las puertas, aquella noche, habían sonado los mismo golpes. Y ninguno se atrevió a abrir su puerta. Sin embargo, la de Louis estaba entreabierta.

Paulatinamente se fue reanimando. No articulaba bien sus palabras. Hacía grandes esfuerzos por recordar lo que había sucedido y por ordenar sus ideas. Lo primero de todo era saber dónde diablos estaba la mano.

—No está donde ayer la tenías...

—No, la guardé en el cajón; sí, en el cajón, en ese cajón...

Cuatro manos se precipitaron a abrir el cajón que Louis señalaba y, efectivamente, allí estaba aquella horripilante mano negruzca y crispada.

Con sorpresa y misterio se cruzaron unas y otras miradas.

—Entonces...

En un momento determinado, Louis sintiéndose ya dormido, había advertido cómo el cajón se abría y de él emergía lentamente aquella mano asesina. Vio claramente, en completa oscuridad, cómo la mano se aproximaba hacia él, claro que lo vio. Y luego la sintió frente a su garganta, la tuvo a menos de una cuarta. Por eso cogió el teléfono y llamó. Y en ese

instante preciso, cuando llamaba, aquellos huesos sucios y fríos, como garfios de acero, llegaron a rozarle su garganta, le oprimieron, sintió que le estrangulaban, hasta que perdió la voz. Y recordaba haberse revuelto, haber forcejeado con ella, quizá lo mismo que el viejo profesor había hecho, hasta que sintió que las fuerzas le fallaban y la mano desapareció de su vista. Luego no podía resistir la oscuridad. Se levantó y dejó la puerta abierta, esperando que ellos llegaran...

—¿Y los golpes, aquellos extraños golpes que habían sonado con persistencia en todas sus casas?

En aquella, sin embargo, no se había escuchado golpe alguno: nadie había llamado a la puerta.

* * *

Días después, el grupo de amigos solamente comentaba el extraño comportamiento de Louis desde los acontecimientos de aquella noche. Algo realmente le había trastornado. Sin embargo, todos ellos estaban muy próximos a creer que todo había sido una broma muy pesada por parte de Louis. No podía explicarse nada de otra forma. La mano seguía, seguramente, en aquel cajón de la cómoda. Ninguna cosa anormal había vuelto a producirse desde aquella noche alucinante. Y, sin embargo, Louis no quería desprenderse, de ninguna manera, de aquel pedazo de carne seca y diabólica.

—No tiene sentido que haya sido una broma y que él haya quedado como está, completamente alucinado —razonaban.

—Por otra parte, él nunca hubiera podido llamar en todas nuestras puertas. Las horas, aproximadamente, coincidían...

—Y sigue con la intención de llegarse hasta el pueblecito de P., en Normandía, único sitio donde quiere reponer esa mano desollada...

Apenas se le veía por parte alguna; recluido siempre en su casa, los amigos llegaron a pensar que tan

sólo se ocupaba de vigilar constantemente, de noche y de día, aquel pedazo de carne nauseabunda, que tantas risas les causara a todos la noche de la fiesta.

Finalmente, un día Louis comunicó a todos sus amigos que se ausentaba. Llevaba consigo aquella horrible mano y estaba dispuesto a encontrar la tumba de su propietario, el asesino Samuel, para devolvérsela.

Pocos días después, Pierre recibió noticias de Louis. Era una carta muy concisa y satisfactoria, en la que le comunicaba que sus investigaciones avanzaban. Había localizado parte de la historia. Sabía ya que había existido, efectivamente, un nigromante que practicaba la magia blanca y con quien el profesor Priouret había tenido contactos, heredando de éste —no sabía por qué motivos— la mano de un famoso asesino, enterrado en el pequeño cementerio de la aldea de P. Seguía investigando. Y aquello era verdaderamente apasionante.

Tras la lectura de la carta, el grupo de amigos disipó todas las dudas en torno a la posible broma que en otro momento habían atribuido al pobre Louis. ¿Estaba realmente desquiciado... o era víctima de algún extraño maleficio?... Nunca más habían vuelto a tener noticias sobre las misteriosas circunstancias que rodearon la muerte del viejo profesor de anatomía...

Y ahora Louis, siguiendo una pista disipada, estaba encontrando el hilo de una apasionante y tenebrosa historia.

La segunda carta que le llegó a Pierre no venía escrita con letra de Louis. Por eso se sorprendió especialmente al recogerla. El sobre contenía algo además de la carta. Cuando consiguió abrirlo, se encontró con dos sorprendentes fotografías: una, muy confusa, en la que un cuerpo se mostraba de bruces sobre la tierra, en un extraño lugar. Podía ser un lugar de tierra, removido, como un cementerio... Y por algún rincón de la fotografía aparecía una mano; sí, eso era, una mano, la misma mano que todos conocían... No, no era la misma, aquella era la izquierda... Y la otra

fotografía pertenecía al cadáver de su amigo Louis, con extrañas señales o muescas difíciles de identificar en su garganta. La carta le pedía que reconociera en las fotos a su amigo Louis, extraño personaje que había aparecido en P. y hallado muerto, estrangulado, una noche en el cementerio, entre los restos de unos huesos enterrados hacía más de un siglo... Tan sólo tenían su nombre y sus señas como referencia.

* * *

Tras el dolor que todos sintieron, no fue menor la sorpresa cuando, revolviendo el apartamento de Louis, encontraron en el cajón de la vieja cómoda aquella mano desollada, negra, nauseabunda y horripilante. Así supieron que Louis nunca había tenido la intención de devolverla... Efectivamente, ésta era la mano derecha. Y había que deshacerse inevitablemente de ella. ¿Quién de todos ellos lo asumiría?...





UN HERMOSO SUEÑO DE VENGANZA

¡OINK! ¡OINK!

NUNCA MAS

LA BOTELLA DEL TIBET

SERVICIO DE METRO

NO CORRAS, TE ESPERAMOS

LA HOGUERA

LA MANO DESOLLADA